



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

Monografía Licenciatura en Trabajo Social

**“No somos todos iguales”: segregación
territorial y representaciones sociales en
un barrio de Montevideo.**

Tamara Kramarov Cochubey
Tutora: Ximena Baráibar

2026

Índice

Introducción	3
Capítulo 1. Objetivos y metodología de estudio	5
1.1 Objetivos	5
1.3 Estrategia metodológica	5
Capítulo 2. Antecedentes	7
Capítulo 3. Marco Teórico	9
3.1 Representaciones sociales	9
3.2 Las ciudades	12
3.3 Entre límites y sentidos: el barrio como construcción socioespacial	14
3.4 Segregación territorial	15
3.5 Segregación en la ciudad de Montevideo	20
3.6 La relación entre heterogeneidad y homogeneidad en el territorio	23
3.7 Dimensión subjetiva de la segregación territorial	24
3.8. Estigma territorial	25
Capítulo 4. Contextualización de Casavalle	27
4.1 Historia del barrio: Las distintas etapas de poblamiento y expansión; intervenciones estatales y municipales en materia de políticas de vivienda	27
4.2 Segregación y fragmentación interna: tensiones en la construcción de identidad en el territorio	34
Capítulo 5. Análisis de los datos recabados	38
5.1 Representaciones sociales en relación al barrio	38
5.2 Representaciones sociales en relación al “otro” en tanto que vecino o vecina del mismo barrio	46
5.3 Representaciones sociales en relación a cómo creen que son considerados por los de “afuera”: vecinos de otros barrios y medios de comunicación	49
Reflexiones finales	51
Referencias bibliográficas	54

Introducción

El presente documento constituye la monografía final de grado correspondiente a la licenciatura en Trabajo Social, la misma tiene como tema analizar los procesos de segregación territorial a partir del análisis de un estudio de caso que corresponde al barrio Casavalle, perteneciente al Municipio D. El interés por abordar esta temática surge durante el desarrollo de la práctica pre-profesional en un centro educativo del barrio en cuestión.

La ciudad es un espacio de diversas y dinámicas relaciones en la cual se manifiestan las disputas en torno a los elementos materiales y simbólicos que la constituyen, a su vez, estas expresan las transformaciones sociales, políticas y económicas que ocurren en la sociedad. En este sentido, producto de los profundos cambios que han sucedido en las últimas décadas, se observa una creciente polarización en el territorio evidenciada en la desigual distribución espacial de las clases sociales. En este contexto, el barrio se presenta como un indicador de estos procesos, ya que expresa a escala local estos cambios y es el lugar donde se hacen visibles y tangibles las diferencias sociales existentes. Asimismo, constituye un lugar en el cual se construyen y circulan aspectos que hacen a lo simbólico y lo subjetivo, tanto sobre el territorio como sobre quienes lo habitan.

Teniendo en cuenta estos elementos, surgen preguntas tales como ¿cuáles son las vivencias de las personas que habitan en un territorio segregado de la periferia urbana? ¿qué dinámicas se desarrollan al interior del territorio? Estos aspectos son los que se abordan en el presente trabajo teniendo como objetivo analizar los procesos de segregación territorial, realizando énfasis en la dimensión subjetiva que lo compone a partir de las representaciones sociales que tienen vecinos y vecinas de Casavalle en relación a su barrio, al “otro” en tanto vecino del mismo barrio y a cómo creen que son considerados por vecinos y vecinas de los demás barrios de la ciudad de Montevideo. Para poder alcanzar estos objetivos, se llevaron a cabo entrevistas a personas que viven en el barrio con el interés de ilustrar sus percepciones en torno al tema, así como también, se recurrió al análisis de fuentes documentales secundarias como forma de complementar la comprensión y análisis del fenómeno.

La relevancia del tema de estudio radica en que los territorios como espacio político, son un escenario privilegiado para el análisis de las relaciones sociales que allí operan, así como también, el profundizar sobre la noción del territorio como soporte material y simbólico de la reproducción social de los sujetos -proceso en el cual interviene el Trabajo Social- permite enriquecer la construcción de estrategias de intervención. Asimismo, incorporar en el análisis de estos procesos las voces de las personas que los vivencian, conocer de cerca sus

experiencias y sentires, resulta de suma importancia, ya que no solo contribuye a la comprensión y abordaje del mismo, sino también a visibilizar el impacto de las desigualdades sociales en la vida cotidiana de los sujetos.

El presente trabajo se organiza en cinco capítulos que a continuación se describirán brevemente. En el capítulo uno se presentan los objetivos de investigación que se persiguen y la metodología de estudio, especificando la estrategia metodológica utilizada y el diseño de investigación implementado.

En el capítulo dos se realiza un recorrido de los principales antecedentes de investigación sobre el fenómeno en general y, a su vez, la expresión que adopta en el territorio en cuestión.

En el capítulo tres se desarrollan las principales categorías analíticas que contribuyen a la comprensión y al análisis del objeto de estudio. Asimismo, se realiza un breve recorrido histórico de la segregación en la ciudad de Montevideo.

En el capítulo cuatro se contextualiza el barrio a partir de dos sub-apartados. En el primero se desarrolla sobre la historia y creación de Casavalle, desde la época colonial hasta las distintas intervenciones estatales y municipales en la zona en materia de soluciones habitacionales. El siguiente refiere a las tensiones que existen en la construcción de las subjetividades en un territorio segregado, que en un primer instante aparece como un todo homogéneo pero que a nivel interno expresa una fragmentación.

En el capítulo cinco se realiza el análisis de la información que surge de las entrevistas a partir de los principales conceptos presentados en el marco teórico y, a su vez, estableciendo una relación con la información que aparece en el capítulo cuatro en el que se contextualiza al barrio.

Finalmente, el trabajo termina con un apartado donde se desarrollan las reflexiones finales sobre el tema abordado exponiendo los principales hallazgos de la investigación.

Capítulo 1. Objetivos y metodología de estudio

1.1 Objetivos

Objetivo general:

- Contribuir al análisis de los procesos de segregación territorial, haciendo hincapié en la dimensión subjetiva que hace al fenómeno a partir de las representaciones sociales que tienen vecinos y vecinas de la periferia de Montevideo.

Objetivos específicos:

- Analizar la conformación del barrio Casavalle y las intervenciones públicas en materia de vivienda.
- Indagar en las percepciones y valoraciones que tienen vecinos y vecinas de Casavalle con respecto al barrio y al “otro” en tanto vecino o vecina del mismo barrio.
- Conocer las percepciones que vecinos y vecinas de Casavalle tienen con respecto a cómo creen que son vistos por demás vecinos y vecinas de otros barrios de la ciudad de Montevideo.

Preguntas de investigación

- ¿Cómo se conformó el barrio Casavalle?
- ¿Cuáles son las características de las intervenciones públicas en materia de vivienda que se llevaron a cabo en el territorio?
- ¿Cómo nombran vecinos y vecinas al barrio en el que viven?
- ¿Cuáles son las representaciones de vecinos y vecinas del espacio que habitan?
- ¿Existen mecanismos de exclusión y estigmatización dentro del territorio?
- ¿Cómo creen que son percibidos por los vecinos y las vecinas de otros barrios de la ciudad de Montevideo?

1.3 Estrategia metodológica

La estrategia metodológica implementada en esta investigación combina un enfoque cualitativo y cuantitativo, realizando un especial énfasis en el primero. De acuerdo con Bathyány y Cabrera (2011), los estudios que poseen un enfoque cualitativo ponen énfasis en “aprender el significado que los participantes otorgan al problema o fenómeno en cuestión”

(p. 78). Desde esta perspectiva adquiere centralidad la comprensión e interpretación de los aspectos subjetivos y simbólicos, ya que se los reconoce como parte de la realidad social (De Souza Minayo, 2004).

De este modo, la técnica principal para poder dar cuenta de estos aspectos es la entrevista, debido a que la información que se recoge proviene de los sujetos que vivencian el fenómeno y en el lugar que este ocurre, primando la interacción cara a cara (Batthyány y Cabrera, 2011). Para los cometidos de esta investigación fueron realizadas entrevistas semiestructuradas ya que si bien estas le conceden cierto grado de libertad a la persona entrevistada para que pueda desarrollar su parecer sobre el fenómeno en cuestión, el entrevistador posee una guía la cual funciona como apoyo a la secuencia de preguntas, por lo que permite asegurar el abordaje de los temas de interés (De Souza Minayo, 2013).

De esta manera, fueron realizadas ocho entrevistas a vecinos y vecinas de algunos de los distintos barrios que comprenden a Casavalle, específicamente a: dos mujeres del barrio Marconi, una mujer del barrio Plácido Ellauri, una mujer del barrio Municipal, una mujer del barrio Casavalle, un hombre del barrio Casavalle, un hombre del barrio INVE y un hombre del barrio Lavalleja. La franja etaria de las personas entrevistadas fue de 45 a 70 años de edad.

Asimismo, se llegó a ellas mediante un contacto previo con referentes de las distintas instituciones de la zona: la coordinadora del Centro Cívico Luisa Cuesta; el coordinador del Complejo Municipal Salud, Cultura y Deporte (SACUDE); la directora del Jardín N°222 “Golda Meir” y la trabajadora social del área social del CCZ 11 del Municipio D. Las personas entrevistadas participan con frecuencia en las actividades que estos espacios ofrecen y hace mínimo 10 años residen en el barrio.

Además de las entrevistas, fue utilizada de forma complementaria la técnica de revisión de fuentes documentales secundarias, tales como otras investigaciones y documentos oficiales que nutrieron la comprensión del fenómeno a estudiar y el análisis de los aspectos que surgieron de las entrevistas. Asimismo, se exponen datos cuantitativos que arrojan otras investigaciones sobre el tema, con el objetivo de ilustrar la expresión que adoptan ciertas variables y cómo estas se relacionan con el fenómeno en cuestión.

En lo que respecta al diseño de investigación, este es de carácter exploratorio por ser más flexible y amplio en comparación a los demás tipos (Batthyány y Cabrera, 2011). Cabe aclarar que, el hecho de que sea identificado con este diseño no se debe a la falta de estudios sobre el fenómeno en cuestión, sino por el interés en querer profundizar en el análisis desde una situación particular y en un contexto delimitado.

Capítulo 2. Antecedentes

Para la elaboración del presente trabajo se realizó una búsqueda exhaustiva de bibliografía que se podría agrupar en dos líneas. Una primera estuvo centrada en investigaciones que abordaran directamente los conceptos de interés: barrio, representación social y segregación territorial. Estas investigaciones son presentadas en el marco teórico, ya que se apeló a ellas para poder delimitar y definir estos conceptos de acuerdo a los intereses del trabajo. La segunda línea estuvo centrada en investigaciones que analizaron los conceptos de interés en un territorio en específico, así como también, estudios que se realizaron sobre el barrio en cuestión. En este apartado se profundizará en torno a esta línea.

De esta manera, investigaciones internacionales que fueron de relevancia para este trabajo y que funcionaron como guía para su desarrollo fueron las que se agrupan en el libro “Segregación y diferencia en la ciudad” del año 2013, coordinado por Carman, da Cunha Vieira y Segura. Este libro está compu

esto por investigaciones etnográficas de distintos países de la región que abordan el fenómeno de la segregación territorial poniendo énfasis en lo que refiere a la dimensión subjetiva que lo compone. En este sentido, las investigaciones incorporan la perspectiva de los sujetos que habitan en los territorios incluyendo sus vivencias y experiencias, las formas de simbolizar y segmentar el espacio y las tensiones que ocurren con respecto a la construcción de fronteras sociales y simbólicas al interior de estos espacios.

Con respecto a investigaciones que han realizado no solo un recorrido histórico sobre la formación de Casavalle sino que también incorporan la voz de quienes lo habitan, se encuentran dos de suma relevancia como antecedentes para esta monografía.

Una de ellas fue realizada por Eduardo Álvarez Pedrosian y su equipo de trabajo denominada “Casavalle Bajo el Sol: investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana a principio del milenio”, publicada en el año 2013. Esta investigación, analiza la formación del barrio desde una contextualización histórica, destacando los procesos de poblamiento y las distintas políticas implementadas por el Estado en materia de vivienda. Asimismo, recupera la voz de quienes habitan el barrio y vivencian las distintas intervenciones. Este antecedente fue fundamental para profundizar en las tensiones que ocurren con respecto a la homogeneidad y heterogeneidad del territorio y su relación con la fragmentación y diferenciación identitaria a nivel interno, así como también, las disputas que se desarrollan en torno a la delimitación y denominación del barrio. Con respecto a esto, el autor realiza una reflexión crítica sobre los aspectos observados en relación

con las determinaciones estructurales que comparten y atraviesan de manera transversal la historia de los sujetos.

Otra investigación a la que se recurrió fue la llevada a cabo por la historiadora María José Bolaña que dio origen al libro “Pobreza y segregación urbana: “cangreños” montevideanos 1946-1973” publicada en el año 2018. El interés central de Bolaña es comprender qué fue aquello que se denominó como “cangreños” en Montevideo en el período que va de 1946 a 1973; para ello incorpora la perspectiva de la academia, la perspectiva del Estado y la voz de los actores quienes habitaron y vivenciaron las políticas gubernamentales dirigidas a los “cangreños”.

La autora estructura su trabajo en tres capítulos principales: en el primero aborda la perspectiva desde la academia con respecto al fenómeno, allí observa que hasta la década de los 60 este careció de estudios teóricos y empíricos, puesto que desde las Ciencias Sociales estos estuvieron enfocados en el medio rural en comparación con lo urbano. En el capítulo dos se estudian las políticas gubernamentales aplicadas en los distintos gobiernos que abarca el período y la conformación de una visión oficial sobre ellos, allí se observa que dependiendo de la forma en la que se entienda el problema son las respuestas que se van a dar para abordarlo. En el capítulo tres presenta el análisis de las entrevistas realizadas a vecinos y vecinas del barrio en cuestión quienes vivenciaron las políticas llevadas a cabo. Para su análisis, Bolaña se centra en el barrio Casavalle, profundiza en torno a él tanto en las políticas de vivienda implementadas como también al incorporar la voz de los actores.

3.1 Representaciones sociales

Uno de los conceptos principales que se utiliza en la presente investigación es el de representaciones sociales. El mismo, ha sido adoptado por distintas disciplinas de las Ciencias Sociales y Humanas las cuales se han apropiado del concepto de diferentes modos desarrollando diversos enfoques metodológicos en torno a él. En este caso, se retomarán las principales líneas que surgen desde la Psicología Social, partiendo de uno de sus primeros exponentes, Serge Moscovici (1979), seguido de los aportes que han realizado posteriormente otras autoras a la teoría.

En 1960, en la obra “El psicoanálisis, su imagen y su público”, Moscovici desarrolla sobre la teoría de las representaciones sociales a partir del estudio de cómo la sociedad francesa veía al psicoanálisis. En esta, el autor retoma y se distancia del concepto de representaciones colectivas propuesto por el sociólogo Durkheim al establecer que, desde la perspectiva de este, “las representaciones sociales constituían una clase muy general de fenómenos psíquicos y sociales que comprendían lo que designamos como ciencia, ideología, mito, etcétera” (Moscovici, 1979, p. 27). El autor plantea que al establecer esta “pluralidad de formas de organización del pensamiento” (Moscovici, 1979, p. 28) el concepto social pierde nitidez al quedar como una categoría general.

En este sentido, Moscovici (1979) se interesa en poder captar el componente dinámico de las representaciones sociales -propio de las sociedades actuales- interesándose por las interacciones sociales y los procesos de intercambio en la que estas se producen y reproducen. De esta manera, se propone desarrollar una teoría que aborde a las representaciones sociales como un fenómeno en específico y para ello las define como “un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios” (Moscovici, 1979, p. 18).

Denise Jodelet (1986), autora que ha retomado los postulados de Moscovici sobre el concepto y que ha profundizado en la producción de conocimiento en torno a él, brinda una definición más amplia de las representaciones sociales a las cuales las entiende como:

una forma de conocimiento específico, el saber de sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social.

Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica. (Jodelet, 1986, p. 474-475)

A partir de estas citas se puede observar que las representaciones sociales son entendidas como una modalidad de conocimiento y pensamiento mediante la cual las personas conocen e interpretan el mundo que les rodea; remiten a construcciones sociales que los sujetos internalizan en el proceso de socialización y que son compartidas mediante la interacción social, permitiendo el entendimiento del sentido común que está presente en el cotidiano. Es de importancia subrayar que si bien las representaciones sociales pueden dar las razones profundas de los actos que se realizan, dado que circulan en la vida cotidiana el sujeto puede o no, ser consciente de su origen y esto se debe a que el saber del sentido común es una construcción social que refleja estructuras de poder, por lo que puede reproducir (así como también cuestionar) jerarquías sociales.

De esta manera, toda representación siempre es de alguien y de algo (Moscovici, 1979), siendo estos sus dos elementos fundamentales: el objeto representado y el sujeto que construye esa representación. Con respecto a esta relación, la teoría de las representaciones sociales abandona el planteo positivista que propone una independencia entre sujeto y objeto al exponer que, “no hay un corte dado entre el universo exterior y el universo del individuo (o grupo), [...] en el fondo, el sujeto y el objeto no son heterogéneos en su campo común” (Moscovici, 1979, p. 31-32).

Es en este sentido que Moscovici (1979) expone que “representar” no es una simple reproducción exacta de la “cosa” o una imagen de la realidad, sino que involucra un proceso activo de elaboración cognitiva y simbólica en la cual el sujeto interpreta y reconstruye el objeto representado, lo internaliza de un modo particular y esta representación es lo que constituye para él la realidad.

Asimismo, Spink (1993), profundiza al establecer que las representaciones sociales no deben ser reducidas a meros componentes cognitivos, sino que la forma que estas adquieren, las maneras en las que se expresan y las funciones a las que sirven, dependen de factores circunstanciales, es decir, deben ser comprendidas en el tiempo y lugar en el que surgen, el contexto social, ideológico, económico y cultural en el cual se enmarcan. Dadas estas características es que las representaciones sociales son tributarias de la posición que ocupa el sujeto en la sociedad, por lo que estas también condicionan el alcance y posibilidad del accionar (Jodelet, 1986; Vasilachis de Gialdino, 1997).

En una sociedad capitalista y por lo tanto de clases como la actual, el poder no se encuentra distribuido de forma igualitaria, tienden a predominar modelos interpretativos de los fenómenos dado que las personas que en mejor situación se encuentran cuentan con una mayor influencia y alcance para imponer su visión del mundo. En este sentido, la socióloga argentina Vasilachis de Gialdino (1997), a partir del análisis de los discursos que circulan en la prensa escrita y los medios de comunicación, observa la influencia que estos tienen en “la reproducción de las relaciones de poder y en la promoción de los valores y creencias de los grupos dominantes de la sociedad” (Vasilachis de Gialdino, 1997, p. 266). Al transmitir ideas, valores, creencias, formas de nombrar al otro y, por tanto, de darle existencia, resultan fundamentales en la construcción de la realidad, por este motivo, la forma en las que estas se expresan puede reforzar o desafiar prejuicios que circulan en la sociedad.

Con respecto a las maneras en que las representaciones se materializan o manifiestan son a través de: palabras, acciones, valoraciones, categorías a las cuales se apela para clasificar, imágenes que poseen un significado, sistemas de referencias, entre otros (Jodelet, 1986; Spink, 1993). Por tanto, las representaciones sociales no quedan únicamente en el plano cognitivo como forma de comprender lo que sucede, sino que también orientan las prácticas del sujeto con respecto al objeto, produce “un sistema de anticipaciones y expectativas” (Abric, 2001, p. 16) y así intervienen en la construcción social de la realidad. El autor Moscovici (1979) destaca esta función al establecer que funcionan como “guías para la acción” desde las cuales los sujetos expresan la visión del mundo que poseen en determinado momento histórico y a las que apelan para actuar o tomar posición respecto a algo o a alguien.

Asimismo, las representaciones sociales se producen a partir de las interacciones y experiencias compartidas con otras personas, por lo que también poseen un componente que hace a lo colectivo. A partir de ellas, se establecen marcos de referencia y códigos de

comunicación que contribuyen en la creación del reconocimiento y sentimiento de pertenencia (o de diferencia), cumpliendo así una función identitaria (Abric, 2001).

De esta manera, se ubican en un punto donde confluye lo psicológico y lo social por lo que para su elaboración se requiere tanto de los procesos cognitivos como de los de interacción y contextuales de carácter social (Banchs, 2000), y si bien cada uno presenta sus características específicas, de igual forma se encuentran relacionados.

De acuerdo con Banchs (2000) debido a la transdisciplinariedad del concepto y las diversas formas de apropiación de los contenidos teóricos, tienden a predominar dos enfoques para el estudio de las representaciones sociales que varían dependiendo del objeto de investigación y los objetivos que se persigan, estos son: el enfoque estructural y el enfoque procesual. Con respecto al primero, Banchs (2000) establece que “es aquel que se focaliza sobre la estructura de las representaciones sociales, haciendo uso del método experimental o bien de sofisticados análisis multivariados que permiten identificar esa estructura” (p. 5), en este sentido, el interés está puesto en los mecanismos cognitivos, en los aspectos psíquicos que ocurren en el proceso de elaboración de la representación. Por su parte, desde el enfoque procesual se considera que para “acceder al conocimiento de las representaciones sociales se debe partir de un abordaje hermenéutico, entendiendo al ser humano como productor de sentidos, y focalizándose en el análisis de las producciones simbólicas, de los significados, del lenguaje” (Banchs, 2000, p. 6).

Teniendo presente el objeto y los objetivos que persigue esta monografía, no se hará énfasis en la dimensión psíquica del fenómeno, puesto que no es de interés centrarse en las reglas que rigen los procesos cognitivos que intervienen en la elaboración de las representaciones y, a su vez, porque es una tarea que escapa de la disciplina misma del Trabajo Social. Por tanto, el interés está puesto en los procesos sociales de interacción y contextuales, haciendo hincapié en la concepción del sujeto como productor de sentido y significados con el objetivo de dar cuenta de qué forma estos se materializan en los vecinos y vecinas de Casavalle.

3.2 Las ciudades

La ciudad a lo largo de la historia ha sido objeto de reflexión, indagación e intervención, ámbito de vida y espacio privilegiado para el despliegue de diversas y dinámicas relaciones sociales, culturales, económicas y políticas. Lejos de ser un aspecto neutral y dado de nuestras sociedades, remite a una construcción social y política que se

encuentra sujeta a transformaciones históricas, además, es un espacio complejo y escenario de disputas en torno a los elementos materiales y simbólicos que la componen. En este sentido, Aranguren (2000), define a la ciudad como:

Una realidad determinada socialmente, marcada por la producción objetiva y los modos subjetivos de las relaciones sociales en su organización específica, transitada por redes complejas del poder instituido; por lo que la ciudad no puede ser considerada única, ni homogénea, ni lineal, ni monolítica, ni uniforme. Por tanto, su naturaleza depende de los procesos y modalidades de la estructura productiva del Estado que la interviene y la regula, de la confrontación de fuerzas sociales, del conjunto de representaciones simbólicas-ideológicas que la sustentan. (p. 542)

Si bien existe una larga tradición de reflexiones acerca de la ciudad, de acuerdo con Segura (2021), es en la modernidad donde ocurre el punto de inflexión con respecto a los estudios sobre el fenómeno urbano debido a los profundos cambios que trajo consigo la Revolución Industrial, “la ciudad moderna en vertiginoso crecimiento y expansión fue crecientemente identificada como un locus vinculado a distintas problemáticas como la explotación, la desorganización social y la alienación” (Segura, 2021, p. 10). En la misma línea, Gravano (2005) establece que la conciencia sobre la ciudad ocurre cuando se constatan -tanto desde la clase trabajadora como de la burguesía- los problemas urbanos, “principalmente el de la vivienda de los trabajadores y del mísero apiñamiento en los barrios obreros de la ciudad (Gravano, 2005, p. 11). En este contexto histórico, los barrios ocupan un lugar primordial por ser el espacio en el cual se evidencian las enormes diferencias sociales entre la clase trabajadora y la clase dominante.

Debido a estas problemáticas urbanas y su manifestación en los barrios, Gravano (2005) menciona que surgieron diversas reflexiones sociológicas y políticas en torno a ellas como un asunto que se necesitaba solucionar. En esta línea, el autor agrupa estas reflexiones en dos perspectivas, una refiere al barrio como indicador de la segregación en el uso del espacio urbano y establece que surge como “rasgo distintivo e indicador de esa situación de explotación y desigualdad dentro de la unidad espacial ciudad” (Gravano, 2005, p. 12). Una segunda perspectiva alude a las utopías e ideales en torno a la vida social comunitaria que se tendría que desarrollar en los barrios, de acuerdo con Gravano (2005) “aquí se apuntará a la

relación dual entre el modo de vida propiamente urbano, por un lado, y alternativas -ideales o concretas- de tipo distintivo en términos de esencialidad, de especificidad de una vida en comunidad” (p. 13).

3.3 Entre límites y sentidos: el barrio como construcción socioespacial

La noción de barrio en primera instancia evocaría lo geográfico, una unidad específica de diferenciación espacial que posee límites precisos y que, a su vez, se encuentra contenida dentro del todo, que sería la ciudad. Sin embargo, el concepto de barrio va más allá de lo que sería en términos de Gravano (2003), su “espacialidad” (p. 58), también es el escenario de la vida cotidiana de las personas que allí residen, espacio en el cual ocurre la reproducción social y al que se le atribuyen diversas significaciones, representaciones e ideales.

En este sentido, Gravano (2013) entiende al barrio como eje de distinción y “espacio simbólico-ideológico y referente de identidades sociales urbanas” (p. 12) cuando las personas que lo habitan construyen en relación a él sentido de pertenencia y, por tanto, de diferenciación con respecto a otros espacios. En la misma línea, Merklen (2009) también entiende al barrio como espacio en el cual se construye identidad territorial agregando que para que esta se convierta en fuente de cohesión social debe reunir dos elementos: volverse razón de prestigio, en el sentido de que los habitantes deben estar convencidos de que la pertenencia a ese lugar les otorga una calidad superior frente a otros, y debe ser capaz de organizar normas comunes en relación a la pertenencia local.

Por otro lado, además de la espacialidad, Gravano (2003) desarrolla sobre la escenificidad y la funcionalidad del barrio. En relación a la primera, la define como “recinto o escenario social, en el que se aglutina la problemática social general” (Gravano, 2003, p. 58), esta variable remite a que los procesos y transformaciones más amplias se localizan en el barrio, donde si bien responden a determinaciones históricas estructurales, adquieren características particulares en ese espacio. Por otro lado, la funcionalidad tiene que ver con el papel que adquiere dentro de la estructura socio-urbana, entendiendo que el barrio forma parte del proceso de reproducción social y material que ocurre en la ciudad, adquiere funciones específicas de acuerdo a las necesidades e intereses de cada momento histórico (Gravano, 2003).

Asimismo, el autor sitúa al barrio dentro de las lógicas del sistema capitalista como producto histórico, ámbito en el que sucede la reproducción necesaria de las clases trabajadoras y que, debido a la distribución desigual del espacio urbano, estas se concentran

en zonas específicas de la ciudad (Gravano, 2003). En este sentido, concibe a este espacio como un indicador de los procesos de segregación territorial, ya que en él se materializan los contrastes y las luchas de clase, esta dimensión es denominada por el autor como “segregacionalidad” (Gravano, 2003, p. 58).

Por su parte Merklen (2009), analiza el barrio popular a través del concepto de “inscripción territorial de las clases populares” (p. 21) el cual le permite dar cuenta del proceso de inserción social y el fortalecimiento de las acciones colectivas en el territorio debido a la “descomposición de los lazos por el trabajo y la desarticulación de las protecciones sociales” (Merklen, 2009, p. 21). En este sentido, el barrio se convierte en soporte, en una especie de refugio y protección ante esa coyuntura, empero, el autor subraya que los soportes que se pueden brindar a nivel local presentan sus límites, en primer lugar, por el hecho de que este espacio no es autosuficiente sino que también se encuentra regulado por normas de dominio institucional, especialmente por el Estado. En segundo lugar, por el motivo de que aunque el barrio pueda constituirse en una forma de inscripción social, no basta para organizar completamente la vida del sujeto, este requiere de la articulación con otros ámbitos por fuera de lo local (Merklen, 2009). De esta manera, el autor establece que “cuanto más amplias y comprensivas son las estructuras universales, más pierde el barrio en importancia como sostén de los individuos y de las familias y menor se hace también su presencia en la identidad de los individuos” (Merklen, 2009, p. 236).

De acuerdo a lo que se ha desarrollado hasta el momento, el barrio es más que un espacio diferenciado dentro de la ciudad, constituye un lugar cargado de significados y representaciones sociales vinculadas a él como a quienes lo habitan, posee un nombre que además de ubicarlo geográficamente, le otorga una identidad dentro del espacio urbano. Asimismo, lejos de ser una comunidad cerrada pasa a ser expresión de fenómenos más amplios, “una parte de un todo interrelacionado y en interrelación con él” (Gravano, 2005, p. 64) en el cual se hacen visibles y tangibles las diferencias sociales existentes, como por ejemplo, los procesos de segregación territorial como se verá a continuación.

3.4 Segregación territorial

De acuerdo con Carman, Neiva y Segura (2013), “el espacio de las ciudades contemporáneas no es homogéneo o indiferenciado: ni las residencias de los habitantes, ni las infraestructuras y servicios urbanos se encuentran distribuidos de manera uniforme en la ciudad” (p. 11). En la conformación de las ciudades se observan zonas con grandes

privaciones de derechos en las cuales se encuentran las poblaciones más vulnerables, al mismo tiempo que se constituyen zonas opulentas en las que se concentran los sectores privilegiados. La ciudad de Montevideo, no es la excepción a ello.

Este fenómeno refiere a la segregación territorial o socio-residencial y desde Sabatini, Cáceres y Cerda (2001), se la define como “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que éste se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicos, entre otras posibilidades” (p. 27). Asimismo, los autores señalados anteriormente identifican tres dimensiones principales: la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos; y la percepción subjetiva que los habitantes tienen de la segregación “objetiva”, es decir, de las dos primeras dimensiones (Sabatini et al., 2001).

Sabatini (2011), plantea que la segregación territorial es un fenómeno, no un problema y que los efectos de ella pueden ser tanto positivos como negativos. En este sentido, el autor identifica que en las ciudades latinoamericanas a lo largo del siglo XX las élites se concentraban en una zona específica de la ciudad, este “patrón tradicional de la segregación” se caracterizaba por ser un área que era compartida con otros grupos socioeconómicos, es decir, existía cierta heterogeneidad en términos de composición social. A su vez, el autor observa que en ciertos casos la segregación sucede de forma voluntaria ya sea por la búsqueda de los sujetos de querer alcanzar una mejor calidad de vida o por ser utilizada por los grupos sociales como forma de preservar su identidad social y cultural (Sabatini, 2011).

Debido a estos aspectos, el autor establece que la segregación per se no es negativa, sino que adquiere esa característica cuando se reducen las oportunidades sociales para un sector de la población, cuando se restringen las posibilidades de interacción física entre los grupos sociales y, sobre todo, cuando se observa una fuerte homogeneidad social del espacio de los sectores pobres (Sabatini, 2011).

Por otro lado, Carman et al. (2013) distinguen -al menos- cuatro modalidades en las que se puede expresar la segregación: la segregación acallada o invisible refiere a aquellas políticas que, presentadas como inclusivas, pueden “enmascarar una segregación de los sectores más débiles, como las prácticas de recuperación urbana de espacios públicos, cuyo efecto es la exclusión o el desplazamiento de los sectores populares” (p. 19). Estas prácticas se las relaciona cuando en los procesos de realojo se traslada a las personas a las afueras de la ciudad en lugares con una escasa presencia de infraestructura y servicios.

Este último caso sería un ejemplo de segregación agravada, la cual es otra modalidad en la que puede expresarse la segregación, desde Carman et al. (2013) la identifican cuando “se ven reforzadas situaciones de confinamiento socio-espacial, o bien cuando existe un efecto acumulativo de experiencias que dificultan la integración de un grupo a la ciudad que habita” (p. 23).

Una tercera modalidad es la segregación por default la cual remite a los “efectos socio-espaciales de un prolongado abandono estatal de los habitantes de una zona de relegación urbana [...], la segregación que es producida por políticas de olvido por parte del Estado” (Carman et al., 2013, p. 19).

La última modalidad es la segregación presuntamente positiva que “se materializa en los procesos de auto-segregación de la clase acomodada” (Carman et al., 2013, p. 22), son los casos de los barrios privados, urbanizaciones cerradas en donde las fronteras sociales y simbólicas -que suelen estar más difusas- se reflejan en la materialidad que adquieren las barreras físicas, estas expresan de forma clara la voluntad de estos sectores de querer separarse, diferenciarse y hasta de “protegerse” de las presuntas “clases peligrosas”.

De esta manera, surgen dos aspectos fundamentales a considerar al momento de estudiar y abordar este fenómeno. El primero se relaciona con la temporalidad de la segregación (Carman et al., 2013), esta no es estática o rígida sino que puede variar en el tiempo ampliándose o disminuyendo y estos cambios, a su vez, no se deben a supuestas condiciones naturales que el espacio posee por sí mismo, sino que su origen debería comprenderse como un proceso complejo en el cual confluyen múltiples actores, entre ellos: el Estado y la forma en la que interviene a través de distintas políticas, el mercado, los agentes inmobiliarios, la sociedad civil, entre otros. En este sentido, tal y como nombra Baráibar (2013), las transformaciones que ocurren en el territorio deben ser analizadas en consonancia con las transformaciones sociales, ya que “los actuales procesos de segregación territorial son expresión de y al mismo tiempo refuerzan, otros procesos” (p. 13).

Asimismo, también son variados los factores que producen la segregación, Serna y González Mora (2017), retomando el estudio de Prévot Schapira, destacan las transformaciones económicas, políticas y sociales que han ocurrido a raíz de los procesos de globalización económica, los cuales trajeron consigo procesos de precarización y flexibilización en el mercado de trabajo que impactaron en la configuración de la trama urbana y en la exacerbación de las diferencias sociales debido a “una «nueva configuración social» con lógicas de demarcación entre zonas muy ricas y muy pobres” (p. 573).

Por otro lado, Arriagada y Rodríguez (2003) establecen que las causas de la segregación se deben a la actuación de dos mecanismos principales: los de fondo y los directos. Con respecto a los mecanismos de fondo los autores nombran al funcionamiento de los mercados del suelo; las normativas de zonificación; las políticas de vivienda y dotación de infraestructura y servicios públicos (como políticas que pueden generar o atenuar la segregación); los factores ideológicos y los estigmas territoriales de aceptación o rechazo de vecinos (Arriagada y Rodríguez, 2003). Para los autores, las políticas de intervención deben estar dirigidas principalmente a abordar estos mecanismos (Arriagada y Rodríguez, 2003).

En relación a los determinantes directos, estos refieren a los que se hallan en el campo de la demografía, entre ellos nombran: las diferencias con respecto al crecimiento natural de los distintos grupos sociales, los patrones de migración intra y extra metropolitana y las modificaciones dentro de cada grupo social (Arriagada y Rodríguez, 2003).

Retomando a Sabatini (2011), este realiza una reinterpretación de las causas de la segregación. En primer lugar, retoma los postulados que explican la segregación como mero reflejo de las desigualdades sociales y establece que “la relación existente entre diferencias sociales y segregación espacial sería inversa antes que directa” (p. 14), esto se debe a que desde la perspectiva del autor más que las diferencias sociales, la segregación refleja los procesos de diferenciación social, es decir, la forma en la que las personas se distribuyen en el territorio contribuye a que las diferencias sociales existentes se agraven o atenúen.

Con respecto a la relación entre segregación territorial y mercados del suelo el autor la identifica cuando ocurre una subordinación de los principales actores constructores de la ciudad a la “estructura de precios del suelo” (Sabatini, 2011, p. 17). Un ejemplo que nombra Sabatini (2011) son las políticas habitacionales promovidas desde el Estado las cuales localizan sus proyectos en lugares donde el precio del suelo es menor con el objetivo de abaratar costos, desde la perspectiva del autor son políticas que “han asentado pobres donde ya hay pobres -los bajos precios del suelo se explican por los bajos ingresos de los residentes-” (p. 15).

Otro mecanismo que influye en la segregación y que se relaciona con el mercado del suelo es la liberalización de los mismos, ya que comienzan a operar lógicas especulativas al alza del valor de la tierra que genera que la población con bajos recursos no pueda acceder a ella, por lo que son expulsadas a ocupar territorios alejados de las áreas centrales. Este mecanismo denominado “propagación espacial de la especulación con suelos” (Sabatini, 2011, p. 15) es lo que provoca para el autor, un traspaso de la dimensión uno de la

segregación (concentración espacial de un grupo) a la dimensión dos (homogeneidad social de un territorio).

El segundo punto a considerar con respecto al estudio del fenómeno de la segregación es que “en distintas sociedades son segregados grupos sociales definidos sobre la base de distintos atributos y relaciones” (Carman et al., 2013, p. 12), por ejemplo, mientras que en Estados Unidos la segregación ha operado prioritariamente desde criterios raciales (Wacquant, 2007), en América Latina la que ha predominado es la que se basa en criterios socioeconómicos o de clase (Carman et al., 2013).

En relación a este último aspecto, Vázquez (2018) en su estudio sobre la segregación territorial por ingresos, desarrolla sobre la incidencia que tiene la política de vivienda en la segregación residencial. Allí observa que, mientras la política de vivienda permita el ordenamiento de la población según la capacidad de pago de los hogares y las preferencias vinculadas a esta capacidad, la segregación aumenta, ya que los hogares con mayores ingresos serán capaces de pagar más para acceder a los barrios de mejor calidad (Vázquez, 2018). Como resultado de este ordenamiento, se profundiza la polarización territorial donde “la composición social de cada vecindario tiende a ser más homogénea entre sí y más heterogénea entre vecindarios, produciéndose una reducción de las oportunidades de interacción informal entre las clases sociales” (Baráibar, 2013, p. 12)

De acuerdo con Vázquez (2018), existen dos mecanismos fundamentales por los cuales la segregación territorial acentúa las diferencias sociales, estos son: la distribución espacial de los recursos y la composición del barrio. Con respecto al primero, se vincula con la segregación en los servicios debido a que la calidad de estos se encuentra de manera diferenciada en el territorio, puesto que aquellas zonas en donde se localiza la población de ingresos más altos tienden a tener más y mejores bienes, servicios y dotación de infraestructura en comparación con las zonas en las cuales se concentra la población que posee menos recursos (Vázquez, 2018). Por su parte, la composición del barrio refiere a lo que otros autores han denominado “efecto barrio” y se vincula con las características que este posee en términos de composición sociodemográfica, tales como: tasas de pobreza, nivel educativo alcanzado, proporción de familias monoparentales, vínculo de las personas con el mercado laboral, entre otros (Vázquez, 2018). Estos mecanismos por los cuales opera la segregación territorial tienen como resultado el aislamiento social de los pobres y la clausura de los ricos (Katzman, 2001), aspectos que producen efectos adversos si se piensa en términos de integración social.

Para Sabatini (2011), la principal característica de la segregación en los sectores vulnerables en las ciudades latinoamericanas es la fuerte homogeneidad social, la cual no se debe a decisiones libres de localización, sino que ocurre por la intervención directa o indirecta de múltiples actores, sobre todo, la manera en la que interviene el Estado, lo que hace y no hace. Asimismo, el autor observa que cuando aumenta la escala geográfica de la segregación y se observa que un barrio pobre está rodeado de barrios igualmente pobres y homogéneos, es cuando los problemas sociales se agudizan en término de aislamiento físico, laboral, social, entre otros (Sabatini, 2011).

3.5 Segregación en la ciudad de Montevideo

A partir de los dos puntos mencionados en el apartado anterior (que la segregación territorial puede aumentar o disminuir con el tiempo y que, en América Latina se debe principalmente por motivos socioeconómicos) resulta relevante observar los cambios y permanencias en la estructura urbana de la ciudad de Montevideo considerando los distintos ciclos económicos por los que ha atravesado el país.

De acuerdo con la literatura consultada, es posible identificar cuatro períodos principales por los que ha atravesado el país en términos económicos en los últimos años: la consolidación del modelo neoliberal durante los 90; posteriormente una profunda crisis económica que sucede no solo en el país sino también en la región a partir de 1999, alcanzando sus momentos más críticos entre 2002 y 2003; tras ello una reconfiguración neo estatista a partir de 2004 acompañada de una bonanza económica que se extiende hasta 2015, año en que comienza a disminuir el ritmo de crecimiento económico (Aguiar, 2016; Serna y González Mora, 2017; Vázquez, 2018).

En esta línea, el trabajo de Serna y González Mora (2017) analiza los procesos de segregación en relación con la dinámica de las desigualdades socioeconómicas identificando tres movimientos en el índice de Gini: en primer lugar, para el periodo que va de 1991 a 1997 el crecimiento económico no modifica los niveles de desigualdad, debido a que el índice se mantiene entre 0,41 y 0,42; en segundo lugar, entre 1998 y 2007 -período que abarca la crisis y la poscrisis- la desigualdad continúa aumentando ya que el índice de Gini alcanza un valor de 0,45; luego de este período se verifica un descenso en los valores al igual que se observa una reducción significativa en los niveles de pobreza hasta el año 2012 ya que luego se estanca.

Esta disminución en los niveles de desigualdad se debe a las políticas implementadas durante los gobiernos del Frente Amplio, partido político que llega al gobierno nacional en 2004 y se mantiene en él por dos periodos consecutivos. A lo largo de estos gobiernos, se fortaleció el rol del Estado como interventor y se impulsaron un conjunto de políticas redistributivas orientadas a alcanzar una mayor equidad social, de acuerdo con Serna y González Mora (2017) “las políticas públicas se orientaron a la expansión y fortalecimiento de la matriz de protección social mediante la jerarquización, transversalidad e integralidad del sector público social (p. 575). En ese sentido, se dio un aumento de la protección social contributiva a partir de la intervención y regulación del mercado de trabajo, así como también, de la no contributiva a través de la consolidación de políticas asistenciales para la población en situación de mayor vulnerabilidad social (Uribe Gómez, 2018). Estas reformas y políticas públicas tuvieron un impacto significativo en la distribución del ingreso tal y como se muestra en los valores que adquiere el índice de Gini, mientras que para el 2002 el índice tenía un valor de 0,44, para el año 2015 disminuyó hasta situarse en el valor de 0,39; siendo este último el valor más bajo alcanzado (Serna y González Mora, 2017).

Ante este panorama, cabe preguntarse qué sucedió con la segregación territorial en la ciudad, es decir, si este fenómeno también acompañó las mejoras en la reducción en la desigualdad por ingresos. En este sentido, Serna y González Mora (2017), a partir del índice de segregación residencial construido identifican tres zonas claramente delimitadas en la ciudad: en un extremo está la zona del centro este y sureste la cual tiene una subrepresentación de hogares con NBI, en el otro extremo identifican la zona noreste y noroeste la cual tiene una sobre representación en cuanto a cantidad de hogares con NBI y después identifican una tercera zona con valores intermedios. Comparando la zonificación de la ciudad según cantidad de hogares con NBI para el año 1996 y 2011, los autores observan que si bien se constata un descenso en la desigualdad que se expresa en la reducción de hogares en situación de pobreza, de igual manera persisten brechas significativas entre la zona más rica y las otras dos zonas, ya que los hogares con mayores niveles de pobreza se concentran en áreas más focalizadas de la zona noreste y noroeste, al igual que los hogares sin ninguna NBI se concentran en áreas más restringidas de la zona centro este. Esto evidencia que la reducción de la pobreza no se traduce automáticamente en una mayor integración territorial debido a que las desigualdades espaciales persisten (Serna y González Mora, 2017).

Asimismo, a través del análisis comparativo de los indicadores de desigualdad socioeconómica para el periodo 2002-2015 los autores dan cuenta que si bien en las tres

zonas la desigualdad por ingresos disminuyó, esta mejora no eliminó las brechas significativas existentes, así como también, las diferencias más relevantes en la distribución del ingreso se produjo al interior de ellas, siendo la zona más rica la que contribuyó más a la explicación de la desigualdad económica global debido a que el descenso de los índices de concentración de la riqueza fue más notorio en esta zona (Serna y González Mora, 2017).

En la misma línea e introduciendo otros indicadores para su análisis, el sociólogo Borrás (2019) a partir de la contundencia de los resultados obtenidos establece que existe una “autocorrelación espacial positiva, es decir una tendencia a la aglomeración de segmentos con características similares” (Borrás, 2019, p. 63), los segmentos que presentan una proporción alta de menores de 15 años tienden a “conformar conglomerados con segmentos que presentan bajo clima educativo y altos niveles de NBI, y viceversa” (Borrás, 2019, p. 68). Es decir, estas características no se distribuyen de forma aleatoria en el espacio, sino que tienden a concentrarse en los territorios más pobres, tal y como plantea Kaztman (2001), los procesos de segregación territorial se relacionan con otras segmentaciones sociales por lo que agrava la situación de desventaja social de las personas que allí habitan.

De esta manera, se puede establecer que si bien para el período ocurrió un descenso significativo de la pobreza y la desigualdad económica producto de las intervenciones del Estado y las políticas implementadas, persisten brechas socioeconómicas que se reflejan en la estructura urbana de la ciudad. En esta línea, Kessler y Benza (2021) señalan que las limitaciones se debieron a que los gobiernos progresistas en América Latina no impulsaron políticas que transformaran la estructura productiva del país, al igual que las bases estructurales encargadas de producir estas desigualdades se mantuvieron en gran medida inalteradas.

Con respecto a datos más recientes, según el informe de pobreza del INE (2025), se observa que los municipios ubicados en el noreste y noroeste de la capital son los que concentran mayores porcentajes de hogares en situación de pobreza; en el otro extremo, los municipios situados en la costa sur de la ciudad son los que registran los niveles más bajos; por su parte los municipios ubicados en el centro y centro este presentan valores intermedios. El Municipio D en el cual se localiza el barrio de interés forma parte de los municipios que presentan mayores porcentajes de hogares en situación de pobreza y Casavalle es el barrio que concentra el valor más alto: un 49,6% de hogares en situación de pobreza (Municipio D, 2025).

Esta zonificación en la ciudad según la cantidad de hogares en situación de pobreza evidencia una estructura urbana bastante consolidada que demuestra que el goce y uso

efectivo de la ciudad se encuentra condicionado según el lugar de residencia presentando enormes desventajas sociales para quienes viven en los territorios más pobres de la ciudad.

Es de importancia destacar que las políticas implementadas por el Frente Amplio demostraron que estos fenómenos no son naturales e inevitables sino que pueden abordarse mediante la implementación de políticas públicas adecuadas, ya que si bien persisten brechas importantes que se reflejan en la estructura urbana de la ciudad, la reducción de la desigualdad de ingresos así como también las demás políticas desarrolladas durante el ciclo progresista se tradujeron en un mayor bienestar para la población.

3.6 La relación entre heterogeneidad y homogeneidad en el territorio

Como se mencionó anteriormente, la segregación territorial puede expresarse de distintas maneras, existen experiencias en donde la separación entre los grupos está claramente delimitada y otros casos en donde los límites suelen estar más difusos, sobre todo en lo que respecta a las fronteras sociales y simbólicas que se construyen. Este aspecto alude a la relación entre heterogeneidad y homogeneidad en el territorio y la tensión que sucede entre ellas.

En este sentido, aquellas diferencias que se expresan de manera polarizada en el territorio se evidencian con mayor fuerza, sin embargo, existen experiencias de segregación que no son tan notorias si observamos el territorio desde una dimensión espacial, por ejemplo, una zona que se representa como homogénea debido a que las personas que allí residen comparten similares condiciones de existencia, no indica que estas se encuentran unidas o integradas, ya que al interior de un territorio segregado pueden existir también procesos de diferenciación.

Este aspecto es abordado en investigaciones que profundizan en la dimensión subjetiva de la segregación dando cuenta de las tensiones que se observan en aquellos territorios que “en ausencia de fronteras materiales claramente establecidas, suelen consolidarse fronteras simbólicas entre ambos grupos, expresadas en estrategias de evitación y la puesta en circulación de estereotipos y estigmas” (Carman et al., 2013, p. 16). Por lo que el foco ya no estaría en las fronteras o barreras materiales, sino en las fronteras simbólicas que se construyen, entendiéndolas como “distinciones conceptuales realizadas por los actores para categorizar objetos, gente, prácticas e incluso tiempo y espacios” (Carman et al., 2013, p. 18).

Lo mencionado anteriormente lleva a cuestionar el supuesto de que la proximidad social atenúa las distancias sociales, al respecto Girola (en Carman et al., 2013) plantea que “la cercanía espacial puede contribuir a reforzar el distanciamiento, la tipificación de «otros diferentes», el evitamiento y el conflicto” (p. 58), de allí la importancia de la implementación de políticas que redunden en la integración social, ya que “la mera reducción de la lejanía física, no transforma automáticamente la distancia social” (Baráibar, 2013, p. 15-16).

3.7 Dimensión subjetiva de la segregación territorial

Con respecto a la segregación, se entiende que además de ser un fenómeno en el cual se produce una desigual distribución espacial en lo que respecta a infraestructura, bienes, servicios, entre otras desigualdades; también es un fenómeno que se encuentra estrechamente ligado a procesos de estigmatización, tal y como se menciona en Carman et al. (2013), “en la base de tal proceso hay límites sociales, imaginarios y clasificaciones sociales” (p. 18).

De esta manera, Sabatini (2011) manifiesta que la dimensión subjetiva de la segregación alude a “imágenes, percepciones, reputación y estigmas territoriales asignados por la población de sus vecindarios” (p. 7). Para las personas que se encuentran en una situación de vulnerabilidad y que residen en zonas con grandes privaciones de derechos se relaciona también con la autoimagen, “en sentimientos de marginalidad y de «estar de más»” (Sabatini et al., 2001, p. 27). En el otro extremo, aquellos barrios que gozan de una percepción positiva, de “prestigio social” (Sabatini, 2011, p. 7), suelen ser de interés y base de negocios inmobiliarios, así como también, de beneficio económico para los propietarios debido al aumento del valor del inmueble (Sabatini, 2011).

En la misma línea Wacquant (2007), establece que los barrios más pobres de la ciudad son etiquetados y conocidos como “«zonas de no derecho», «los sectores en problemas», los barrios «prohibidos» o «salvajes» de la ciudad, como territorios de privación y abandono a los que se debe temer, de los que hay que huir y es necesario evitar (p. 13). En este sentido, el autor reflexiona que la construcción social y simbólica de la ciudad, de los barrios y de las personas que allí residen tiene consecuencias reales, ya que la percepción que se tiene sobre estos espacios influye luego en el trato que se les otorga, como por ejemplo, en la correlación entre la “degradación simbólica y el deterioro físico de los barrios populares” (Wacquant, 2007, p. 47) ya que se convierten en lugares en los cuales se cree que no hay que invertir, sino evitar. A nivel colectivo, el autor plantea que los estigmas territoriales contribuyen en la elaboración de “estrategias sociófugas de evitamiento mutuo y puesta a distancia que

exacerban los procesos de fisión social, alimentan la desconfianza personal y minan el sentido de destino necesario de la comunidad para emprender acciones colectivas” (Wacquant, 2007, p. 47).

Por tanto, las representaciones sociales que se tienen sobre los lugares y las personas que viven allí, deben ser tenidas en cuenta para comprender y explicar la concentración de ciertos sectores en zonas específicas de la ciudad, puesto que la dimensión simbólica y subjetiva también está presente en esa decisión (Carman et al., 2013).

En suma, el estudio y abordaje de la dimensión simbólica de la segregación tiene relevancia debido a que los estigmas y percepciones que circulan en la sociedad contribuyen a crear realidad. La forma en la que se percibe un territorio tiene efectos concretos en diversos ámbitos que hacen a la vida de las personas que allí residen: en buscar un trabajo, en el relacionamiento que tienen con el Estado, en cómo viven el barrio, en las relaciones que se establecen con los otros, etc.

3.8. Estigma territorial

Goffman (2006), analiza la identidad social que se construye a partir del estigma y define a este último como “un atributo profundamente desacreditador” (p. 13). Si bien el autor da cuenta de que en ciertas situaciones la persona estigmatizada obtiene beneficios secundarios debido a ese atributo, en línea general, el estigma funciona como una marca social negativa que desacredita a la persona hasta el punto de ser vista como menos humana, y por eso su imposición puede contribuir en actos discriminatorios y excluyentes.

En la obra, el autor da cuenta del sentido histórico del estigma y propone que “la sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías” (Goffman, 2006, p. 11-12). En este sentido, lo que propone Goffman es que no es el atributo en sí lo que da lugar al estigma, sino que este se inscribe en un “lenguaje de relaciones”, en un medio social que es el encargado de otorgarle un sentido a determinados atributos, de tal modo que lo que puede ser catalogado como estigma en una sociedad puede ser considerado normal en otra.

En esta línea, el autor propone dos conceptos fundamentales que se relacionan con la construcción del estigma: la identidad social virtual y la identidad social real (Goffman, 2006). Con respecto a la primera, tiene que ver con las categorías anticipatorias que se le atribuyen a un sujeto y que no necesariamente se corresponden con lo que él es, estas se

construyen a partir de las primeras apariencias del sujeto. Por su parte, la identidad social real es la manera por la cual se considera que estos atributos o categorías de la persona corresponden con su forma de ser y actuar, son los que realmente le pertenecen y puede demostrar (Goffman, 2006).

Relacionando estos aspectos con el tema de investigación de la presente monografía, el lugar de residencia como atributo se convierte en una marca estigmatizante cuando se construyen de forma colectiva representaciones sociales negativas en torno a ese lugar y a las personas que allí habitan. En este caso, el hecho de residir en un barrio de la periferia urbana se convierte en un atributo que sobresale sobre los demás, a la vez que, se construyen una serie de supuestos de cómo son sus habitantes y se los pasa a observar a partir de esta identidad social virtual construida, generando que los demás atributos que pueda tener la persona queden en un segundo plano; se imposibilita el hecho de que la persona pueda efectivamente mostrar su identidad social real. Asimismo, el estigma puede venir de “afuera”, es decir, de los medios de comunicación o demás vecinos y vecinas de otros barrios de la ciudad, pero también puede ser utilizado por los de “adentro” como forma de diferenciarse de un “otro”.

Capítulo 4. Contextualización de Casavalle

4.1 Historia del barrio: Las distintas etapas de poblamiento y expansión; intervenciones estatales y municipales en materia de políticas de vivienda

Con respecto al poblamiento de Casavalle, la bibliografía consultada destaca principalmente tres etapas que se enmarcan en distintos proyectos de intervención urbana, estas refieren a: la tradicional, la alternativa y la informal (Álvarez Pedrosian, 2013). Asimismo, según lo expuesto por la Intendencia de Montevideo (2014), el proceso de poblamiento del territorio también es identificado en tres etapas: la primera refiere a la fundacional, la segunda se enmarca en el primer ciclo de urbanización y la tercera refiere al segundo ciclo de urbanización y formación de una periferia precaria.

El proyecto de intervención urbana tradicional o la etapa fundacional hace referencia a “los entornos clásicos, para Latinoamérica refieren a los cascos coloniales y los diferentes ensanches previos al siglo XX” (Álvarez Pedrosian, 2013, p. 275-276). En el caso de Casavalle, surgen las primeras chacras en 1727 por el Arroyo Miguelete cuando comienza el poblamiento español, un ejemplo de ello son las chacras de Pedro Casavalle en donde funcionaba una casa-quinta que durante la época de la lucha artiguista sirvió de refugio de personas esclavizadas (Intendencia de Montevideo, 2020).

De acuerdo a lo relevado en este plan, “la principal herencia de esta primera etapa es la estructura básica de caminos y el parcelario de chacras, sobre los cuales, en etapas posteriores, se producirá la urbanización” (Intendencia de Montevideo, 2014, p. 14). Este aspecto es de importancia ya que sobre esta base originaria se produjeron las demás etapas de poblamiento en el territorio y debido a la yuxtaposición de los distintos proyectos de soluciones habitacionales, determinó carencias y discontinuidades en relación a la conectividad en el barrio (Intendencia de Montevideo, 2014).

La segunda etapa del proceso de poblamiento en el territorio comprende el primer ciclo de urbanización, este sucede cuando se crean los primeros barrios a partir del fraccionamiento de las antiguas chacras y la promoción de agentes inmobiliarios (Intendencia de Montevideo, 2014). Desde este marco se asientan las primeras familias en los denominados “barrios tradicionales” los cuales surgen a partir de la subdivisión de las chacras en quintas (Intendencia de Montevideo, 2014), en la mayoría de ellos se asentaron familias de obreros que trabajaban en algunas de las fábricas de la zona y municipales a los

cuales se les otorgaba una vivienda. En esta línea se encuentra el barrio Jardines del Borro creado en 1926 teniendo como órgano ejecutor el Banco Popular del Uruguay y el barrio Bonomi creado en 1953 (Álvarez Pedrosian, 2013).

Por otro lado, la ciudad alternativa surge a partir de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) y refiere al nuevo modelo de ciudad propuesto el cual se caracteriza por la implementación de métodos de construcción racionales y eficientes con el objetivo de establecer una organización funcional al espacio (Cabrera Recoba, 2022). De esta manera, la intervención urbana de los proyectos se caracteriza por “edificaciones en altura, viviendas de bloques y en tiras, complejos habitacionales de alta densidad” (Álvarez Pedrosian, 2009, p. 276). Con respecto a Casavalle, es a partir de mediados del siglo XX cuando se comienzan a construir diversos complejos habitacionales en toda la zona, los cuales se distinguen por “tener un órgano ejecutor [...], el perfil del usuario o destinatario [...] y el tipo arquitectónico utilizado” (Álvarez Pedrosian, 2013, p. 39). En el territorio los tipos arquitectónicos que se pueden diferenciar son las unidades de habitación, como conjuntos de viviendas de bloques y en tiras, y los conjuntos habitacionales (CH) de alta densidad.

De este modo, resulta interesante realizar un breve análisis del contexto histórico del país para lograr comprender las razones del surgimiento de estos tipos de construcciones. Con respecto a las unidades habitacionales, se identifica su surgimiento en la época de 1950 debido a la necesidad de dar respuesta a una serie de problemáticas relevadas y expuestas en la “Memoria del Concejo Departamental de 1950 a 1959”, allí aparece que los principales problemas que afectan a la ciudad son “su excesiva extensión territorial [...], la falta o decaimiento de la vida vecinal en los barrios y la escasez de viviendas económicas y sanas acordes con las nuevas técnicas contemporáneas sobre la habitación moderna” (Concejo Departamental de Montevideo, s/d, p. 23).

De acuerdo con Bolaña (2018), las distintas intervenciones en el territorio en materia de políticas de vivienda se encuentran relacionadas al fenómeno de los “cantegriles” durante la época del neobatllismo en Uruguay. Esta denominación fue utilizada durante la época de 1946 a 1973 para hacer referencia a “la existencia de terrenos urbanos y suburbanos, fiscales y/o privados, ocupados por individuos y familias que construían «casas» con materiales que recogían de la ciudad: latas, cartones, neumáticos, maderas” (Bolaña, 2018, p. 13).

Bolaña (2018), señala que durante la época del neobatllismo en Uruguay se implementó el modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) que trajo consigo el desarrollo de la industria liviana, la generación de empleo, la migración de la población rural hacia las ciudades, así como también, se aplicaron políticas de mejoramiento

en el nivel de vida de la clase obrera montevideana. Empero, la frontera del modelo se reflejaba en la creciente pobreza urbana expresada en los “cantegriles”.

Además de la falta de estudios teóricos y empíricos desde la academia respecto al fenómeno (Bolaña, 2018), la autora menciona que “hasta mediados de la década del cincuenta, la formación de «rancheríos» en Montevideo era visualizada por el gobierno departamental, en su mayoría colorado y batllista, como parte del problema del déficit habitacional” (p. 94). De acuerdo con el trabajo elaborado por Juan Pablo Terra y Dionisio Garmendia, este déficit habitacional de la época se debía “en gran medida, a que el capital financiero se había dedicado a la especulación inmobiliaria, que desde 1960 disfrutaba de menor control gubernamental, acompañado del descenso en la intervención estatal en materia habitacional” (Bolaña, 2018, p. 74).

En este sentido, la problemática fue atendida a partir de la construcción de las denominadas “viviendas de emergencia”, desde las cuales se perseguía el objetivo de abolir el “rancherío” (Bolaña, 2018). Estas viviendas eran otorgadas a los habitantes bajo la calidad de comodatarios, ya que fueron pensadas y construidas como medida transitoria debido a la confianza moderna que existía en la época, desde la cual se creía que la situación socioeconómica de los sujetos iba a mejorar a través de la industria y el trabajo (Bolaña, 2018). En esta línea, de acuerdo a lo expuesto en el Concejo Departamental de Montevideo (s/d), en esta época existían “cinco barrios de Emergencia, a saber: Ganaderos y Yugoslavia, con 96 viviendas; Marconi, con 172 viviendas; Plácido Ellauri y José Ellauri, con 96 viviendas cada uno; y el barrio Cardona, con 88 viviendas” (p. 138).

Sin embargo, el fenómeno de los “cantegriles” no se detuvo a partir de estas intervenciones, sino que su proliferación continuó, por lo que, ante el fracaso de las construcciones de las viviendas de emergencia, a mediados de la década de los cincuenta ocurre un cambio en la conceptualización del fenómeno que, de ser entendido -y luego atendido- como un problema meramente habitacional, se comienza adoptar una perspectiva social y cultural para su comprensión (Bolaña, 2018). Este aspecto se expresa en el Concejo Departamental de Montevideo (s/d) cuando se establece que “la falta de recursos económicos, la apatía, producto de las condiciones sociales imperantes en esos conglomerados, dan motivo a una clase de gente que se habitúa a esa forma de vivir, en la indigencia, sin posibilidades naturales, de superación” (p. 52). Para abordar esta situación, en el plan se especifica que no basta con la demolición de estos espacios ya que en ese caso “se diseminan los habitantes por otras zonas de la ciudad” (Concejo Departamental de Montevideo, s/d, p. 52). Por tanto, las

intervenciones se realizaron sobre el propio territorio teniendo como finalidad trasladar a la población que se encontraba en los “rancheríos” a las unidades habitacionales, tal y como expone Conti de Queiruga (1986), “se buscaba solucionar situaciones críticas y su carácter de transitoriedad dependía de la paulatina recuperación social y de la capacitación de los mismos, mediante la educación y la asistencia social” (p. 44).

Entendido el problema de los “cantegriles” desde esta perspectiva, entre 1955 y 1958 a través de la planificación del espacio urbano se busca “fomentar la vida comunitaria y el vínculo con la naturaleza a través de la adecuación al medio de la unidad habitación dentro de la ciudad masificadora” (Bolaña, 2018, p. 112-113). Desde estos parámetros se proyectaron y crearon tres complejos habitacionales en Montevideo: la Unidad Habitación del Buceo, la Unidad Habitación Sur del Cerro y la Unidad Habitación de Casavalle y San Martín (Concejo Departamental de Montevideo, s/d).

Con respecto a la Unidad de Casavalle, desde el documento del Concejo Departamental de Montevideo (s/d) se explicita que el objetivo del plan es la recuperación social de sus habitantes a través de la formación de un nuevo barrio, por lo que no solo se había proyectado construir los conjuntos de viviendas sino que también el interés estaba en dotar la zona de servicios (especialmente educativos, de asistencia social y sanitarios) y espacios culturales dentro del propio barrio para el “mejor desarrollo de la obra de recuperación social” (Concejo Departamental de Montevideo, s/d, p. 53).

De esta manera, la construcción de Unidad Casavalle fue llevada a cabo en dos períodos: el primero fue durante el gobierno del Partido Colorado (1955-1959) desde el cual se llegó a construir solamente las viviendas de emergencia; en el segundo período, que fue durante el gobierno del Partido Nacional (1959-1963), se terminaron de construir los servicios (escuela, policlínica, nurse y puesto policial) que fueron proyectados en 1955 y también se construyeron viviendas de interés social que fueron adjudicadas a pobladores de otros lugares de Montevideo (Bolaña, 2018).

En esta línea, es de importancia subrayar dos aspectos con respecto a las intervenciones que se llevaron a cabo en esos años. En primer lugar, se observa que respondían al modelo higienista de la época desde el cual los problemas sociales eran comprendidos y explicados en términos sanitarios y los ámbitos de intervención se dirigían a todas las áreas de la vida de la población (Ortega Cerchiaro, 2003). Se focaliza sobre la familia pobre para controlarla y disciplinarla ya que se la entiende, por un lado, “como agente privilegiado en el afianzamiento de los valores de la higiene” (Ortega Cerchiaro, 2003, p. 45) y, por el otro, como la responsable de los males urbanos y sociales que existían en la época

debido a sus condiciones materiales de existencia y a su modo de vida en general, el cual era observado desde una perspectiva cargada de prejuicios y calificativos morales. Sobre estos aspectos es que recayeron las acciones emprendidas para abordar el fenómeno en donde la figura de las visitadoras sociales era clave para llevar a cabo acciones educativas con el fin de “fomentar una conciencia colectiva” y así mejorar el funcionamiento de la comunidad (Concejo Departamental de Montevideo, s/d).

El segundo aspecto a mencionar guarda relación con los postulados de Gravano (2003) con respecto a las significaciones e ideales que recaen sobre el concepto de barrio y las personas que lo habitan. Desde las distintas autoridades políticas de la época, las zonas en las que se encontraban las personas más pobres de la ciudad eran descriptas como “rancheríos”, “pueblos de ratas”, “cantegriles”, “barrios malsanos”, “ambientes opresivos”; todos términos peyorativos que reflejaban la mirada estigmatizante y moralizante que existía sobre estos espacios y sus habitantes. De este modo, para la “recuperación social” de estos era necesaria la construcción de barrios que tuvieran un “medio apto para reintegrarse a la vida activa de la colectividad” (Concejo Departamental de Montevideo, s/d, p. 52) y que reflejaran un “clima moral sano” (Concejo Departamental de Montevideo, s/d p. 53). Bajo estos postulados es que se crearon las Unidades de Habitación, por lo que se observa el ideal que recae sobre estos espacios como ambientes propicios para construir convivencia y vida en comunidad.

Por otro lado, el fenómeno de los “cantegriles” a partir de los años setenta no había desaparecido, sino que se había complejizado debido a que las familias que ocupaban los terrenos “no necesariamente provenían del medio rural, ni de «pueblos de ratas» como se planteaba en la década del cincuenta, y tampoco parecían ser grupos en proceso de adaptación a la ciudad” (Bolaña, 2018, p. 148). En este contexto se promulga un decreto el cual declara como interés general la erradicación de los “cantegriles” a los cuales se los definió como “agrupamientos marginales urbanos” (Nicolich y Porro, 1974, como se citó en Bolaña, 2018, p. 156) y la medida utilizada para poder llevar a cabo esto fue a través de políticas focalizadas de realojamiento (Bolaña, 2018). Desde este marco normativo se construyeron viviendas transitorias y/o definitivas persiguiendo el objetivo de solucionar el problema habitacional de la época y, a su vez, recuperar socialmente a sus habitantes (Bolaña, 2018). Los planes se realizaron entre 1971 y 1972, y se ejecutaron a través de convenios con las Intendencias y el Instituto Nacional de Viviendas Económicas (INVE), en la ciudad de Montevideo las construcciones que se realizaron fueron: la Unidad Misiones (la cual fue construida al lado de la Unidad Casavalle N°2) y la Unidad N°3 de Cerro Norte (Bolaña,

2018). Las características de estas construcciones es que “se agruparon en tiras de bloques de dos plantas alineadas en forma paralela para aprovechar al máximo el terreno” (Bolaña, 2018, p. 156).

De esta manera, las políticas llevadas a cabo durante la época no tuvieron ese fin transitorio como se había planeado en sus inicios, sino que terminaron siendo de largo plazo y fijas; aspectos que se visualizan en el material de construcción y en el amontonamiento de las mismas en forma vertical, tal y como se observa en el caso de Unidad Misiones, conocida como “Los Palomares”, siendo el mayor lugar de hacinamiento en la zona (Álvarez Pedrosian, 2013). Asimismo, las políticas llevadas a cabo se relacionan con los elementos que influyen en los procesos de segregación territorial que nombran los autores presentados en el marco teórico, tales como: la liberalización de los mercados del suelo y la lógicas especulativas en relación a su valor que nombra Sabatini (2011), y que es mencionado por el trabajo realizado por Juan Pablo Terra y Dionisio Garmendia en relación al déficit habitacional de 1950; también están presentes las políticas habitacionales promovidas y realizadas por el Estado con el menor costo posible y en lugares lejanos de las áreas centrales con servicios incompletos; al igual que las políticas de realojos llevadas a cabo durante la década de los setenta, las cuales son un claro ejemplo de la modalidad de segregación agravada que se menciona en Carman et al. (2013).

Por otro lado, otro de los modelos de construcción que se da en la época de 1968, son los denominados “conjuntos habitacionales” (CH). En Uruguay, la implementación de los CH se debe a varios factores, entre ellos Cabrera Recoba (2022), subraya la necesidad política de abordar el déficit habitacional de la época; la aprobación de la Ley Nacional de Viviendas N° 13.728 en el año 1968 la cual establece que “toda familia debe tener acceso a una vivienda adecuada y que es función del Estado estimular la construcción de viviendas” (Cabrera Recoba, 2022, p. 46); la imposibilidad de acceso por medios propios y la desregulación de los alquileres a partir del decreto Ley N° 14.219 del año 1974 de arrendamientos urbanos y suburbanos.

En relación a este último factor, se dieron principalmente dos situaciones, en primer lugar, debido al aumento desmesurado de los alquileres muchas familias se vieron obligadas a abandonar las áreas centrales de la ciudad teniendo que trasladarse a la periferia (Cabrera Recoba, 2022). Por otro lado, aquellas que aceptaron el ajuste fueron inscriptas en el Registro de Aspirantes a Viviendas de Emergencia (RAVE) en el cual se establecía que a las familias no se las podía desalojar hasta que el Estado les adjudicara una vivienda; en la mayoría de los casos se las trasladó a los CH (Cabrera Recoba, 2022).

Centrándonos en el territorio en cuestión, se encuentran el CH 84 y el CH 88 contruidos sobre el mismo padrón y ubicados en las calles Av. Aparicio Saravia entre Av. Burgues y Av. Gral. San Martín. Estos conjuntos habitacionales actualmente están bajo la órbita de la Agencia Nacional de Viviendas (ANV) debido a las situaciones de vulnerabilidad que se han identificado, puesto que tal y como plantea Cabrera Recoba (2022) “estos conjuntos, que fueron contruidos para satisfacer la demanda masiva de vivienda social, no contaron con ningún plan de mantenimiento físico ni de apoyo a la permanencia de los usuarios en la vivienda” (p. 82).

Simultáneamente a la construcción de estos complejos de viviendas ocurren ocupaciones informales en el territorio, esto sucede a partir de la expansión en lo que se denomina “ciudad informal”. De acuerdo con Álvarez Pedrosian (2013), este tipo de intervención urbana está “determinada por la autoconstrucción y la falta de planificación” (p. 276) y en el territorio en cuestión, “se comporta más como una mancha que como un emplazamiento, y no cesa de estar transformándose” (Álvarez Pedrosian, 2013, p. 277).

Si bien estos tipos de construcciones ya existían desde la década de los cuarenta, a partir del gráfico presentado por el Observatorio de Asentamientos que proporciona la Intendencia de Montevideo se observa una creciente evolución de este tipo de ocupaciones informales que va desde el año 1985 hasta alcanzar su pico máximo en el año 2005 (Intendencia de Montevideo, 2025). De acuerdo con el INE y el Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (PIAI), se considera asentamiento cuando un agrupamiento de más de diez viviendas construye en terrenos públicos o privados sin autorización y de forma irregular, sumando las “carencias de todos o algunos servicios de infraestructura urbana básica en la inmensa mayoría de los casos, donde frecuentemente se agregan también carencias o serias dificultades de acceso a servicios sociales” (Intendencia de Montevideo, 2025).

Si bien no es de interés para la presente investigación ahondar en profundidad en el surgimiento de cada uno de los asentamientos en el territorio, resulta pertinente establecer que existe una diversidad de estos en relación a los años en que surgen (anteriores a 1990 y posteriores a la fecha), la densidad de población que allí reside y las intervenciones que se han realizado sobre alguno de ellos (Álvarez Pedrosian, 2013). En base a la sección de datos abiertos del Observatorio de Asentamientos se identifican en el Municipio D 87 asentamientos irregulares de los cuales gran parte de ellos se concentran en el barrio Casavalle, asimismo, varios de ellos se encuentran intervenidos por programas de regularización, relocalización u obras de infraestructura, los cuales son ejecutados de forma

conjunta o por separado por la Intendencia de Montevideo y el gobierno nacional (Intendencia de Montevideo, 2025).

En suma, si bien cada una de estas etapas de poblamiento en Casavalle se las puede ubicar en determinada época en la cual un modelo de intervención urbana predomina más que otro, lo cierto es que estas intervenciones en el territorio se solapan y yuxtaponen. Los proyectos se caracterizaban por ser políticas de mínimos costos, con escasa planificación, predominando el carácter experimental de las distintas intervenciones estatales y municipales, teniendo como resultado:

la existencia de fragmentos yuxtapuestos de entornos espaciales claramente diferenciados entre sí y homogéneos en su interior, que junto al contexto de precariedad (situación de emergencia y hacinamiento) terminan por configurar un Casavalle contemporáneo como sumatoria compleja de espacios tendientes constantemente a la guetización. (Álvarez Pedrosian, 2013, p. 38)

4.2 Segregación y fragmentación interna: tensiones en la construcción de identidad en el territorio

A partir de lo desarrollado anteriormente, se observa que a pesar de que Casavalle tiende a verse como una unidad, si se analiza históricamente el territorio este se ha construido a partir de diferentes oleadas poblacionales que se encuadran en un tipo de proyecto de intervención urbana y que presentan sus características específicas. Como resultado de estas distintas intervenciones y la yuxtaposición de las distintas políticas que reflejan el desorden y carácter experimental de los proyectos, se tiene la existencia de determinadas figuras socioespaciales que se caracterizan por “la discontinuidad, el repliegue sobre sí y la homogeneidad interna de un entorno físico parcial, el cual se yergue como un todo cerrado” (Álvarez Pedrosian, 2013, p. 38). Si bien existe esta fragmentación en el territorio, lo cierto es que todos los barrios que componen a Casavalle comparten los mismos índices de precariedad, tal y como es expresado en la categorización y delimitación que realiza el INE¹ a

¹ Según el INE, el barrio se encuentra delimitado por la Av. Instrucciones, Av. Burgues, Av. San Martín, Av. Don Pedro de Mendoza, Bulevar Aparicio Saravia, Cno. Tte. Galeano, Cno. Cap. Mateo Tula Dufort, Cno. Tte. Rinaldi y las calles Dr. José María Silva, Gilberto Bellini, Dr. José Iraola, Canoa, Azotea de Cima y Matilde Pacheco de Batlle y Ordoñez.

partir del análisis de las NBI de la población y en el diagnóstico realizado para la implementación del plan para el mejoramiento de la cuenca Casavalle.

Con respecto a este último, su surgimiento se debe a una serie de demandas desde la academia y actores locales con respecto a que se implementaran en el territorio políticas integrales. En relación a la demanda desde la academia, el documento elaborado por la Intendencia de Montevideo (2020) destaca el diagnóstico realizado en el año 2004 por la socióloga Verónica Filardo y la arquitecta Cecilia Lombardo para la CEPAL en el cual expresaban que “Casavalle era objeto de múltiples actuaciones del Estado, tanto del gobierno nacional como departamental, pero con poca coordinación, generando intervenciones fragmentadas” (p. 7). Asimismo, este diagnóstico realizado por las profesionales en el cual se exponía la situación crítica de pobreza en Casavalle, reforzó la atención en la demanda que iniciaron en 2008 vecinos y vecinas con respecto a que se implementaran políticas en el barrio que abarcaran la dimensión territorial, social, ambiental y productiva con el fin de abordar las distintas problemáticas de una forma integral (Intendencia de Montevideo, 2015).

En este sentido, en el año 2010 por resolución de la Intendencia de Montevideo se crea el “Consejo del Programa Cuenca Casavalle” a partir del cual se elaboró el “Plan Parcial de Ordenación, Recuperación e Integración Urbana de Casavalle” que contó con la participación de los tres niveles de gobierno junto con actores sociales y fue aprobado en el año 2015 por la Junta Departamental de Montevideo, definiéndolo como un “instrumento de ordenamiento y gestión del territorio que propone una transformación profunda para la zona: concretar el derecho a la ciudad” (Intendencia de Montevideo, 2015, p. 16). Las áreas claves a trabajar en el territorio según de la definición de los tres ejes estratégicos del plan son: la construcción material y simbólica de ciudad, el desarrollo cultural y la educación como factores de integración, y la construcción de capacidades colectivas a nivel local para la gestión territorial (Intendencia de Montevideo, 2015).

De acuerdo con el documento “Plan Cuenca Casavalle 10 años”, los hitos y concreciones del plan se observan en diversas dimensiones que hacen a: mayor dotación de infraestructura; creación y mejoramiento de espacios públicos tales como el Complejo SACUDE, la Plaza Casavalle “Un lugar para todos”, el Centro Cívico Luisa Cuesta, entre otros; mejoras en la conectividad de la zona a través del asfalto de calles y sendas; regularización de los servicios básicos; realojos de familias que se encontraban en zonas inundables o suelos contaminados; construcción de nuevas viviendas desde el Plan Juntos, etc. (Intendencia de Montevideo, 2020; Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018). Asimismo, se observan mejoras significativas en el indicador de porcentaje de hogares en

situación de indigencia, que del 2,4% en 2009 disminuye al 0,2% en 2017 (Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018). En ese sentido, si bien se observan importantes mejoras en el territorio en diversas dimensiones que lo componen y en las personas que lo habitan, continúan existiendo brechas significativas entre la población total de Montevideo y la de Casavalle en lo que refiere a nivel educativo alcanzado, ingreso promedio de los hogares y calidad del empleo (Intendencia de Montevideo, 2020; Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018).

Por otro lado, si bien las personas que allí habitan comparten similares condiciones de existencia, en lo que respecta a la identidad y sentido de pertenencia al barrio coexisten diferentes territorialidades que, de acuerdo con Álvarez Pedrosian (2013), generan un “proceso de diferenciación y de singularización identitaria” (p. 31). En la misma línea, desde el plan para el mejoramiento de Casavalle se expone que los habitantes no se reconocen como vecinos de un mismo barrio, por el contrario, se “identifican como habitantes de una constelación de múltiples «micro-barrios» (conjuntos habitacionales, cooperativas, asentamientos irregulares, etc.)” (Intendencia de Montevideo, 2014, p. 25). Este aspecto vuelve a ser nombrado en el año 2018 a través del informe de evaluación del plan Casavalle en el cual se establece que a pesar de la implementación de políticas destinadas a involucrar y fomentar la participación social de sus habitantes con el cometido de generar sentido de pertenencia y apropiación de los espacios y con el plan en general (Intendencia de Montevideo, 2020; Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018), aún se observa la “coexistencia de identidades particulares, estructuradoras del universo simbólico de los habitantes de la cuenca” (Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018, p. 28).

Esto guarda relación con que la zona que abarca el plan y la delimitación oficial que se realiza desde el INE, trasciende los límites de lo que se comprende y denomina como “Casavalle” para los actores locales, puesto que la zonificación establecida también abarca otros barrios (tales como Unidad Misiones, Marconi, Plácido Ellauri, Nuevo Ellauri, Municipal, entre otros) los cuales poseen un nombre que los identifica no solo a nivel geográfico, sino que también les otorga un sentido a sus habitantes.

De esta manera, la forma de nombrar y delimitar el barrio y, por tanto, de darle existencia y un lugar en la ciudad, varía de acuerdo a la fuente que se consulte, en especial, cuando la información proviene de las personas que lo habitan. En este sentido, el territorio no solo importa por los soportes materiales presentes sino también interesa como espacio sociocultural en el cual se construyen ideas, valores, significaciones y luchas por el sentido (Márquez en Carman et al., 2013), tanto desde adentro -por las personas que lo conforman-,

como también, por cómo lo ven y nombran los de “afuera”, vecinos de otros barrios, autoridades políticas y medios de comunicación.

Asimismo, en el territorio analizado se observa una homogeneidad en relación a su composición estructural y en el acceso homogéneo de la población a determinados bienes y servicios, sin embargo, esta materialidad coexiste con una heterogeneidad identitaria que se encuentra vinculada a la forma en la que construyó el territorio: desde diferentes oleadas poblacionales en distintos contextos históricos y, a su vez, enmarcadas en determinadas políticas habitacionales. Esta característica es abordada en el informe de evaluación del plan para Casavalle al mencionar que debido a la fragmentación interna que presenta, “dificulta la generación de una identificación con un proyecto cuya marca nominativa queda referida para una parte del territorio (Unidad Casavalle o Casavalle solamente)” (Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2018, p. 44).

Esta preocupación por la heterogeneidad en Casavalle se relaciona con los postulados que desarrolla Baráibar (2013) al plantear que esta se vuelve intolerable cuando las personas en situación de proximidad no se encuentran integradas socialmente debido a la escasa normatividad y sentido simbólico compartido. Esto lleva a cuestionar ciertas políticas que, si bien tienen como cometido trabajar en la integración social de las personas, únicamente se aborda el tema en términos de distancia física (proximidad) y no de distancia social.

A partir de la contextualización realizada se puede establecer que lo que se observa en el territorio es una expresión material de las transformaciones sociales que suceden en el espacio urbano y que tienen impactos en lo local. De ahí la necesidad de situar al barrio dentro de los procesos más amplios de los que forma parte, ya que el no dar cuenta del carácter histórico y político del espacio urbano es “exponerse a quedar atrapado por los «efectos de barrio» que no son más que la retraducción espacial de las diferencias económicas y sociales” (Wacquant, 2007, p. 21).

Por tanto, lejos de ser un aspecto neutral y dado de nuestras sociedades, remite a ser una construcción social y política, en la cual el Estado como actor principal posee un rol fundamental en su construcción. Para el caso de Casavalle, se puede visualizar el rol que este ha tenido en su construcción a partir de las diversas políticas implementadas durante las distintas épocas históricas y se observa, que según el modo en el que interviene contribuye a aumentar o a disminuir el proceso de segregación territorial.

Capítulo 5. Análisis de los datos recabados

5.1 Representaciones sociales en relación al barrio

Uno de los principales objetivos del presente trabajo es dar cuenta de qué manera los sujetos identifican a su barrio: cómo lo nombran, de qué forma lo limitan, qué valores utilizan para hacer referencia a él. De esta manera, a partir de las entrevistas realizadas a vecinos y vecinas de los distintos barrios que conforman a Casavalle (a saber: Marconi, Plácido Ellauri, Municipal, INVE, Casavalle y Lavalleja), se observa lo ya nombrado en la contextualización del territorio, lo que se entiende por Casavalle para quienes habitan en la zona conforma a ser solo una parte de esta, vecinos y vecinas coinciden en que está compuesto por una sumatoria de barrios.

Ese era el barrio Marconi, que no saben por qué después lo asociaron todo a Casavalle, que llega a Plácido Ellauri, General Flores y Mendoza, para todos esos lados queda como el barrio Marconi y ahora con todo el tema de la violencia lo asociaron al barrio Marconi, pero hay muchos barrios, tienen distintos nombres. (Entrevistada n°1, 2025)

Nos meten a todos en la misma bolsa, Marconi, Casavalle, Borro, somos todos, estamos todos mezclados. Y sale en las noticias, la otra vuelta pasó lo que pasó en el Marconi y... “Casavalle”, y no tenemos nada que ver. Casavalle es desde Av. San Martín hasta el puente del arroyo Miguelete, porque después para allá es Lavalleja. (Entrevistado n°4, 2025)

Y Marconi nos vinieron a poner el gobierno pasado que unió todo, todo, “somos Marconi”, yo no soy Marconi y no tengo nada en contra porque tengo amigos, pero no me cambies el nombre que yo conocí toda mi vida, este es el Plácido Ellauri. (Entrevistada n°3, 2025)

La identidad barrial surge cuando los sujetos se identifican con un barrio determinado y expresan su pertenencia a él, durante las entrevistas los sujetos afirman su identidad barrial frente a otras, es decir, nombran lo que para ellos es su barrio frente a Casavalle a través de la expresión “yo pertenezco a”. Esta forma de identificación revela el vínculo local que se tiene con el territorio, por ese motivo es que la mayoría muestra un desacuerdo con ser identificados como parte de un todo homogéneo, se reivindica así la diferenciación entre los distintos barrios, ya que el sentimiento de pertenencia corresponde al que ellos nombran como propio. De esta manera, el nombre del barrio no solo cumple una función geográfica, sino que también adquiere un sentido para quienes lo habitan y lo viven de forma cotidiana.

Por otro lado, si bien en las entrevistas los vecinos y vecinas nombran al Plan Cuenca Casavalle, este no llega a ser parte de lo barrial, es decir, del barrio entendido como un valor, por eso cuando hacen referencia a este plan se utilizan expresiones como “fue todo un invento”, “los barrios así estaban bien”, “no funciona así”; este aspecto es observado por aquellos vecinos y vecinas que forman parte de espacios de cogestión desde los cuales se ha trabajado en generar pertenencia e identificación con el proyecto y la zona que comprende a la Cuenca Casavalle,

Antes sí nos costaba mucho porque la peor zona era Unidad Casavalle, sobre Los Palomares caía todo el estigma entonces si vos llegabas a decir que eras de Casavalle... es más cuando se empezó a decir sub-zona Casavalle y nos decían a todos “allá en el SACUDE, en Casavalle” los vecinos del barrio Municipal odiaban que dijeran Casavalle porque nosotros no somos Casavalle. (Entrevistada n°5, 2025)

Acá por ejemplo tuvimos que hacer cultura de qué era Casavalle porque se pensaba que era sólo Unidad Casavalle que son Los Palomares, allá por Av. Aparicio Saravia, pero no es sólo eso Casavalle, sino que es toda la red. (Entrevistado n°6, 2025)

Otro de los aspectos que se reitera en las entrevistas es el compuesto por la oposición antes/ahora, los sujetos apelan a este eje temporal para hacer comparaciones con la actualidad, puesto que “es un antes cuya función principal consiste en oponerse al «ahora» negativo” (Gravano, 2013, p. 150). De acuerdo con Gravano (2013), esta dimensión temporal le da forma al discurso en donde el “ahora” se encuentra subordinado a un “antes”

naturalizado, a partir del cual las personas construyen su identidad con respecto al barrio. En este sentido, este “antes” refiere a la época base de la identidad barrial donde “el barrio era más barrio” y en donde aparecen ligados a él sentimientos de nostalgia.

Era un barrio tranquilo y ya te digo era el Marconi y el Plácido, dos barrios que nos respetábamos muchos, los gurises de acá el único problema que tenían era cuando jugaban al fútbol pero después tenían códigos, las gurisas de acá iban para allá y nadie podía faltarles el respeto y de acá para allá era igual. Había un respeto muy grande que hoy no hay. El malandro sabía que en los barrios no se robaba, anda a robar para el Centro, para otros lados. (Entrevistada n°3, 2025)

En lo social el trato de los vecinos, antes era más familiar, nos preocupábamos por el otro, porque prácticamente los que vivíamos en una cuadra nos conocíamos todos y sabíamos los problemas de todos y nos ayudábamos entre todos. Eso pasaba, ahora creo que no, no. (Entrevistado n°6, 2025)

Yo tenía una idea de lo que era la niñez, para mí a la persona mayor se la respetaba, hoy por hoy no te respeta nadie, ni siquiera a la ambulancia que entra al barrio, ni siquiera al policía. Antes los códigos del que robaba era afuera, acá no vengas a tocarle la puerta al vecino. (Entrevistado n°4, 2025)

A partir de estos fragmentos se observa que el rasgo “tranquilo” es utilizado para hacer referencia a la época base y, por tanto, funciona como un ideal de lo que el barrio debería ser. Asimismo, la “tranquilidad” aparece oponiéndose al acontecimiento, entendiendo a este último como sinónimo de muerte y violencia (Gravano, 2013).

Otro de los aspectos que surge para marcar el cambio que observan se manifiesta a través de las representaciones que se tiene sobre la juventud actual, aquella que no tiene códigos, que es agresiva, que, en definitiva, se opone a la juventud de antes. Gravano (2013) menciona que la juventud al ocupar el lugar de lo opuesto al arraigo como valor básico y a la época base, termina siendo la razón de ser de esta última; la barrita que se junta en la plaza o

en la esquina del barrio cumple la función de ser motor de reproducción de esa identidad barrial, ya que de otro modo esta reproducción se interrumpiría.

Por otro lado, un aspecto que surgió con énfasis en todas las entrevistas fue la violencia que se vive en el barrio, la cual también fue referenciada por la oposición antes/ahora. Con respecto a ella, vecinos y vecinas identifican que los hechos delictivos actuales son más violentos y los vinculan con el accionar del crimen organizado, sobre todo, a partir de los enfrentamientos entre bandas, además mencionan que muchos de los integrantes de estas bandas son adolescentes y jóvenes del barrio.

El aumento de la delincuencia organizada, porque delincuencia siempre hubo y siempre habrá, pero la delincuencia organizada en este barrio hace unos... sobre todo durante este último período de gobierno fue increíble el incremento, el narcotráfico y todo ese tipo de cosas que digamos son imposibles de frenar a esta altura porque se instauraron para quedarse y listo. (Entrevistado nº6, 2025)

Es horrible porque cada vez lo ves más cerca, antes los tiroteos los escuchabas mucho más lejos y ahora ves que a veces se va cerrando más hacia tu zona, uno sospecha que ponen más bocas y ahí vas viendo el ambiente diferente y también sabes que no puedes denunciar porque sos el que va atrás entonces es como que ta, el policía mismo te dice “acá hay una”, no necesitas que yo te lo diga, si ya lo sabes. (Entrevistada nº5, 2025)

Investigaciones recientes observan que “el crimen tiende a consolidarse en los territorios olvidados por el Estado, donde residen las poblaciones con mayores privaciones relativas y los eslabones más expuestos de los grupos delictivos” (Tenenbaum, et al., 2021, p. 30), por tanto, en la raíz de la violencia que se observa se encuentran las desigualdades estructurales que presenta el territorio. Al hablar de la violencia también surge la disconformidad hacia el accionar policial en donde vecinos y vecinas expresan una desconfianza hacia la institución lo que provoca que no quieran realizar las denuncias, así como también, expresan su malestar ante el hecho de que la policía conoce la ubicación de las bocas de venta de droga y quienes las manejan, pero no actúan frente a ello. Estos aspectos acrecientan el sentimiento de desprotección y de que carecen de herramientas para

abordar esa violencia, tal y como lo expresa la entrevistada nº5 “a veces sentís como que sos más vulnerable a todo, estás en un lugar y muchas veces te sentís que estás como en una isla porque quedas expuesto acá y nadie te rescata, sentís que estás solo” (2025).

A pesar de la violencia y los problemas que vecinos y vecinas identifican en el barrio, se observa que prevalece el arraigo como el principal motivo de permanencia. Este sentimiento se manifiesta en expresiones como: “yo por mi barrio todo”, “es mi sangre, es mi vida”, “esto es como si yo lo hubiera parido”; que reflejan el sentido de pertenencia y la identidad barrial. A su vez, al profundizar en las razones que sustentan esta permanencia, aparecen expresiones vinculadas a la confianza que otorga la vida cotidiana en este espacio y junto con ello surgen representaciones asociadas a “lo familiar” como rasgo distintivo de lo barrial y representativo del ideal de vida en comunidad que, para algunos, aún permanece y, para otros, se recuerda con nostalgia.

El barrio tiene eso que te enamora más allá de las cosas que pasan que a pesar de que ha crecido sigue siendo una familia, seguís conociéndote con el vecino, el de al lado sabes que te ayuda si pasa algo, hay como una comunidad que siempre está pendiente. (Entrevistada nº5, 2025)

Acá, aunque sea nos conocemos todos, te cuidan la casa si tenes que salir, los gurises bajan en la parada y ya sabemos quién va para acá y quien va para allá y lo vichamos. Por estas cosas no dejaría mi barrio. (Entrevistada nº1, 2025)

Un aspecto relevante a resaltar es que en las entrevistas la familia no solo aparece para hacer referencia a lo afectivo, sino también como agente de control de la juventud y de lo “nuevo” en el barrio. En este sentido, la familia entendida como institución que regula comportamientos y fija límites aparece en los discursos como la encargada de mantener el orden y de controlar a los jóvenes actuales percibidos como problemáticos, de acuerdo con Gravano (2013) este control se construye a partir de la oposición con el “ahora” incontrolado.

Y sí, porque yo como mamá, que tengo dos adolescentes varones y una nena de 15, yo como mamá tengo que ver qué están haciendo mis hijos y está en mí si los reprendo o si les aplaudo lo que están haciendo. (Entrevistada nº1, 2025)

Yo entro al Maracaná, a Malvín Norte y la juventud hoy por hoy no, como pasa acá de repente “vos, qué te haces el vivo, dejate de hacerte el vivo” y es el hijo de fulano de tal, trata de decirle que se ubique. (Entrevistado n°4, 2025)

De esta manera, en los relatos se observa que los sujetos evocan actividades del pasado con nostalgia marcando un contraste con la juventud actual, sin embargo, al profundizar en la conversación muchas de esas prácticas todavía se realizan, como por ejemplo cuando refieren al uso de los espacios públicos para desarrollar actividades recreativas y deportivas. Asimismo, aparecen frases que manifiestan el deseo de volver al pasado para luego expresar que se proyectan viviendo mejor, así como también, aparecen en los relatos hechos violentos de épocas pasadas. En este sentido, en lo que expresan siempre hay aspectos de la realidad que no se problematizan porque se encuentran naturalizados, tal y como se observa cuando hacen referencia a la época base, esta se asume como algo dado sin cuestionamientos y es que la identidad barrial encuentra su dinamismo precisamente en “este juego permanente y dialéctico de naturalidad y ruptura” (Gravano, 2013, p. 147). Los discursos se estructuran a partir de oposiciones entre el antes y el ahora, entre lo que se percibe como problema y se naturaliza, configurando así un campo de tensiones que da forma a la experiencia cotidiana en el barrio.

Por otra parte, Segura (en Carman et al., 2013) identifica tres pares de oposición que los sujetos apelan para simbolizar y segmentar el espacio barrial, estos son: adentro/afuera, el cual remite a la relación entre el barrio y el entorno; el delante/detrás, para hacer referencia a las diferencias que se perciben dentro del barrio; y el arriba/abajo el cual funciona como nexo entre los dos pares de oposición anteriores. En las entrevistas estos surgieron, especialmente, al momento de preguntar de qué manera delimitaban el barrio y a cómo era la convivencia en él. Con respecto a esta última y, ejemplo del par de oposición arriba/abajo, se encuentran las expresiones del entrevistado n°4 “mira, acá abajo con Los Palomares es muy difícil la convivencia, hay algunos que no suben para allá otros que no bajan para acá porque está esa rivalidad” (2025), y en la de la entrevistada n°3 “es el de allá abajo, en donde hay más problemas que siempre lo nombran, ese” (2025).

Por calles, de Aparicio Saravia para allá [...] es Plácido Ellauri, de Aparicio Saravia para acá es el Marconi, o sea, es por los nombres. Para nosotros Casavalle está allá

arriba donde está el Centro Cívico, esa parte, pero asocian todo a Casavalle.
(Entrevistada n°1, 2025)

También te pasaba que, si decías Municipal o Gruta de Lourdes te entraba un taxi, si decís Casavalle ahí ya no sé y esas cosas todavía siguen pasando, las emergencias que te venían y a veces no, la policía, esas cosas y en específico en las cuadras sí tiene peso el barrio, pero en general circulamos por todas las calles, por gran parte de ellas.
(Entrevistada n°5, 2025)

Con respecto a la circulación dentro del barrio, vecinos y vecinas nombraron las diferencias existentes entre las zonas que lo comprenden y los horarios en los cuales priorizan circular.

En realidad, puntualmente hay días en los que sí podes tener robos y ahí sí se diferencian por zonas porque vos tenes calles por ejemplo Simón del Pino, Av. Aparicio Saravia sabes que no podes pasar porque te la dan, hay callecitas que sabes que son más propensas en determinadas horas. El 24 de enero por ejemplo es un barrio al que se va a trabajar pero que a veces es más complejo entonces hay días que podes ir y hay días que no da para quedarse. (Entrevistada n°5, 2025)

El horario más tranquilo es por la mañana, después de las 12 del mediodía empieza a moverse más gente, vas viendo caras que no conoces, o que están en situación de calle o con problemas de consumo, es más visible. Es según los horarios. (Entrevistada n°2, 2025)

De esta manera, se percibe que los pares de oposición conforman lo que Segura (en Carman et al., 2013) denomina como “sistema topográfico socioespacial” (p. 156) a partir del cual “se simboliza, segmenta y otorga sentido al espacio barrial y a las relaciones con el entorno” (Segura en Carman et al., 2013, p. 156). Vecinos y vecinas piensan, sienten e

identifican su barrio mediante contrastes que funcionan como ejes metafóricos los cuales representan la forma en la que se interpreta y vive el barrio.

De esta manera, se construyen en torno a las zonas del barrio representaciones sociales que expresan cargas valorativas, por lo que también se lo segmenta simbólicamente, estas representaciones (que surgen a partir de la experiencia que otorga el cotidiano) se traducen en prácticas concretas que se manifiestan en los modos de comportamiento y en las formas de circulación por el barrio. Asimismo, de acuerdo con el autor, estos pares de oposición simbolizan las relaciones de poder, ya que la diferenciación que se realiza sobre las zonas y, por tanto, de las personas que habitan, tiene una correlación con la posición social que ocupan (Segura en Carman et al., 2013).

Por otro lado, el par de oposición adentro/afuera no solo se utiliza para hacer referencia a la entrada y salida del barrio, sino también para describir la vida cotidiana en el interior del mismo. En esta línea, vecinos y vecinas señalan que, ante la escalada de la violencia en el cotidiano, observan que con mayor frecuencia las personas optan por encerrarse en sus casas, lo mismo sucede a la hora de realizar eventos en el barrio que como medida de seguridad optan por hacerlo en lugares cerrados.

Rivalidad entre barrios no, no existe, pero sí lo que se está empezando a notar ahora es que la gente empieza a estar de la puerta para adentro a partir de determinada hora y queda más como tierra de narco y claro ahí sí se da la lucha, y quedas expuesto en el medio entonces eso sí hay. (Entrevistada n°5, 2025)

Esa es la mirada que yo tengo, de que el vecino cada vez se encerró más en su casa y vive más tras la reja que experimentando el afuera en su barrio que puede darle muchísimas más satisfacciones que estar adentro de su casa, la realidad es que muchos lugares deberían ser más aprovechados y sin embargo no. (Entrevistado n°6, 2025)

No, no podemos. Lo hacemos acá [Parroquia Possolo], el año pasado al Día del Niño lo festejamos acá, está todo bien, tremendo espacio, pero estás encerrado. El vecino

del otro lado no sabe que acá hay un evento, o si hay juego para los gurises no saben.

Tenemos que hacerlo encerrados. (Entrevistada n°1, 2025)

Ante este repliegue de la vida cotidiana hacia los espacios cerrados, vecinos y vecinas reivindican el uso del espacio público como una forma de ocupar los espacios en el marco de la participación ciudadana, ya que entienden que es una forma de lucha para que los espacios no sean ocupados por los grupos delictivos. Asimismo, plantean que el realizar eventos en el espacio público promueve que el barrio también se visibilice desde otra perspectiva, no únicamente cuando ocurre un hecho violento.

5.2 Representaciones sociales en relación al “otro” en tanto que vecino o vecina del mismo barrio

En las entrevistas, la mayor referencia hacia el “otro” surgió en relación a la juventud, ya sea confrontándola con la de una época anterior o desde reflexiones y problematizaciones en torno a las adolescencias y juventudes actuales como víctimas del narcotráfico:

Porque son muchos gurises chicos, yo los llamo “gurises chicos” y capaz que tienen 20 pero para mí son chicos porque los vi nacer y los vi criarse ahí y te duele, tienen la edad de mis hijos y te duele, porque vos decís “fue a la escuela con mi hijo” y los ves ahí y te quieres... (Entrevistada n°1, 2025)

Y que son gurises y cuando los ves con un auto decís ta, “entraste” viste y te da lástima. Gurises que a veces hacen procesos y que vos ves que son buenísimos pero que la vida los va condenando a eso, porque no les queda otra, yo siempre se los digo “si buscas 8 horas” pero ta, no tienen una contención tampoco atrás, tiene la necesidad de cualquier chiquilín de tener su ropa, sus cosas y a veces no las tenes. (Entrevistada n°5, 2025)

Durante el ejercicio de la práctica pre-profesional esta preocupación por los adolescentes por parte de vecinos y vecinas del barrio pudo ser constatada en diversos ámbitos de participación que tienen, entre ellos se destaca un plenario de vecinos que fue

llevado a cabo en el año 2022 en donde expresaron la preocupación por los homicidios de adolescentes en el barrio y exigieron medidas a las autoridades que estuvieron presentes.

En relación al fenómeno de homicidios de adolescentes “la evidencia demuestra la importancia de factores como el crimen organizado, la presencia de armas de fuego, la desigualdad, la pobreza y los problemas familiares” (Tenenbaum et al., 2021, p. 44). Estas condiciones estructurales impactan aún más en las adolescencias, puesto que es una etapa en la que se está en pleno desarrollo, construcción de identidad y búsqueda de pertenencia, tal y como lo traen en sus relatos vecinos y vecinas. Asimismo, bajo los postulados ideológicos del neoliberalismo actual, la construcción de la identidad y el reconocimiento también se relaciona por la cantidad de objetos que la persona pueda poseer, por lo que en aquellos sectores vulnerables ocurre una tensión entre lo que la sociedad les dice que pueden ser y lo que en verdad se les ofrece desde el contexto (Tenenbaum et al., 2021).

Por otra parte, si bien en los discursos surgen expresiones de tipo “ellos y nosotros” para establecer diferencias entre vecinos y vecinas que pertenecen o no al barrio, se observa que el mayor signo de alteridad aparece con respecto a los grupos delictivos que se encuentran en el territorio, es allí donde se identifica una mayor distancia social.

Nosotros a veces sabemos dónde están, pero para seguir caminando en el barrio nos tenemos que callar y ser sordos y mudos, para seguir caminando. Pero nosotros sabemos también quiénes son, pero si vos vas y haces la denuncia no podes, porque después tenes que andar escondido porque también ellos después se van a enterar quien fue quien hizo la denuncia. (Entrevistada n°2, 2025)

A los jóvenes en contrapartida como yo te decía, queremos darle educación, pero ellos le proponen otras cosas, entonces al proponerle otras cosas y un camino más sencillo, más fácil de lograr el “éxito”, estos atajos se complican y complican la convivencia también, porque no solo tenes al joven sino que también a la familia, si tiene la novia, la familia de la novia. (Entrevistado n°6, 2025)

De esta manera, las dificultades en la convivencia estarían dadas por el accionar de los grupos delictivos y las disputas que suceden entre ellos teniendo el territorio como

escenario. Asimismo, en los discursos subrayan que, en comparación al total de la población que vive en el barrio, son unos pocos los que forman parte de esos grupos, así lo expresa el entrevistado n°4 “siempre se vio que bueno, acá es el 1% como siempre digo, vos ves acá en la parada de mañana y están llenas, toda gente laburante” (2025). Por tal motivo, es que en los discursos los sujetos se encargan de describir a las personas que lo componen y reafirmar lo que el barrio realmente es, su verdadera identidad, tal y como destaca la entrevistada n°1 “no somos todos iguales, que de un 100% un 95% son trabajadores, estudiantes, amas de casa y un 5% sabes que son los que andan ahí en la vuelta” (2025).

Por otra parte, retomando los postulados de Wacquant (2007) con respecto al estigma barrial y su influencia en la elaboración de “estrategias sociófugas y de evitamiento mutuo y puesta a distancia” (p. 47) cabe subrayar que si bien existe un cierto repliegue de la cotidianidad hacia los espacios cerrados, los sujetos de igual forma emprenden acciones colectivas a partir de las distintas organizaciones que se encuentran presentes en el barrio, en él se expresa la inscripción colectiva debido a que para las personas entrevistadas el barrio tiene la función de ser soporte frente al debilitamiento de las instituciones de carácter universal (Merklen, 2009). De esta manera, destacan valores como la solidaridad, la participación social que hay y el compromiso con el barrio que surge también como motivo de permanencia y de diferenciación con respecto a otros barrios.

Me quiero quedar porque quiero ser parte de esto, yo quiero aportar mi grano de arena, visibilizar que acá hay un montón de gente linda que no se ve y acá especialmente en este barrio vi gente mucho más solidaria que en cualquier otro barrio, un vecino que porque sí te da algo porque te lo quiere dar. (Entrevistada n°8, 2025)

No es como un lugar frío, allá me pasaba que entrabas al apartamento y para saludar costaba y acá vas a hacer un mandado y demoras mucho más porque te quedaste conversando, esas cosas que uno lo quiere y que cuando uno lo vio a como fue creciendo y que no había nada también te enorgullece ser parte de ese proceso de construcción, tiene algo especial, no sé... (Entrevistada n°5, 2025)

5.3 Representaciones sociales en relación a cómo creen que son considerados por los de “afuera”: vecinos de otros barrios y medios de comunicación

Con respecto a la pregunta de cómo creen que son considerados por vecinos y vecinas de los demás barrios de la ciudad, todas las personas entrevistadas subrayan el estigma que recae sobre la zona y las personas que allí habitan.

Desde que uno se crió acá antes no había nada y siempre era la misma marca que sigue siendo hasta el día de hoy de “zona roja, más delincuencia, más pobreza” entonces cuando vos te formas por más que estudies por más que todo, para conseguir trabajo siempre es mucho más complejo porque la marca del barrio en el que vivís ya te la juega, entonces vos mentís de que barrio sos y para el que vive en un barrio lo peor que hay es decir “no, no vengo de ahí”, o asumis la responsabilidad de decir “soy de ahí” y eso implica que no te llamen o que te llamen como última opción. (Entrevistada n°5, 2025)

Yo tengo clientes, por ejemplo, trabajo en la construcción, hago cosas de albañilería y de repente estoy trabajando con personas de poder adquisitivo muy alto, no está fácil hoy por hoy meter a gente desconocida a tu casa y más cuando es “¿de dónde sos?”, “de Casavalle”, “fua’, será que lo pueda dejar en casa” ¿entendes? Porque están esos cuestionamientos. (Entrevistado n°4, 2025)

Como lo peor, porque también agregan, porque no es tal cual lo dicen. Hay, que es cierto, malas personas, es cierto, que roban, es cierto; pero no es el barrio acá solo, pasa en Pocitos, en Carrasco, en el Centro, en todas partes, pero acá es el nombre, “Marconi”. (Entrevistada n°3, 2025)

No vienen a mi casa porque la zona es brava, no me embromen... de afuera vivir acá es lo peor que te puede pasar, esto de la solidaridad, los vecinos, los plenarios, las cosas buenas no se ven, son pocas las veces que dan una buena noticia, pero ahora si pasa algo le dan una semana, es demasiado el hincapié, demasiada amarillista la prensa, se enfocan en lo que venden. (Entrevistada n°8, 2025)

A partir de estos fragmentos surgen dos puntos a destacar; en primer lugar, todas las personas entrevistadas subrayan el peso que tienen los medios de comunicación en ser productores y reproductores del estigma que recae sobre el barrio y sus habitantes a través de las denominaciones que emplean, de modo que la forma en la que construyen y reproducen la existencia del “otro” es negativa y cargada de prejuicios, en donde el barrio únicamente adquiere visibilidad mediática cuando ocurre un hecho violento.

El segundo punto a mencionar, y que se encuentra estrechamente vinculado al anterior, es que esta construcción social y simbólica sobre el barrio y quienes viven en él tiene consecuencias concretas en la vida de las personas, como por ejemplo en poder conseguir un trabajo, vecinos y vecinas destacan la dificultad que tienen en poder conseguir un empleo debido al estigma que se impone sobre ellos. Es de importancia destacar esta realidad a la que se enfrentan quienes provienen de territorios segregados con el objetivo de confrontarla con los discursos meritocráticos y de responsabilización individual que circulan y expresan en la cotidianidad. Frente al imperativo categórico que se construye en relación al trabajo (Castel, 2010), las experiencias que relatan vecinos y vecinas en las entrevistas demuestran que el acceso al mismo trasciende la mera voluntad individual, ya que en el trayecto los sujetos se encuentran con obstáculos producto de condiciones estructurales que limitan las oportunidades laborales, sobre todo para quienes provienen de territorios más pobres. En este sentido, gran parte de la población si no es directamente excluida del mercado formal de trabajo, solo logra insertarse en empleos informales y precarizados que acrecientan la exposición a la vulnerabilidad. De esta manera, se evidencia que los procesos de segregación se encuentran estrechamente vinculados a procesos de estigmatización social, reforzando así desigualdades sociales existentes.

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo se comprendió a la ciudad como un espacio construido socialmente, ámbito en el que suceden las más diversas relaciones y espacio de lucha por los elementos materiales y simbólicos que la constituyen. Estos aspectos se expresan en los barrios, es allí donde se localizan fenómenos más amplios que ocurren en la sociedad y que impactan directamente en las personas que allí residen.

En este sentido, Casavalle es un ejemplo de ello, barrio situado en la periferia urbana de la ciudad en el cual se hacen tangibles los procesos de segregación territorial ya que, de acuerdo a lo observado, presenta una homogeneidad en términos de composición social y en el acceso limitado a bienes, servicios e infraestructura. Asimismo, se observó que gran parte de la población se encuentra con grandes privaciones de derechos y en una situación de vulnerabilidad que se expresa en el alto porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza que presenta el territorio. Estos aspectos evidencian que el acceso pleno y el disfrute de la ciudad no están garantizados para todos por igual, aquellos que en mayor situación de vulnerabilidad se encuentran, el derecho a la ciudad se ve restringido y condicionado por el lugar de residencia.

Estas características estructurales que presenta el territorio están ligadas a las intervenciones de distintos actores, especialmente, se vio el rol que tuvo el Estado en el proceso de conformación de Casavalle a partir de las distintas intervenciones llevadas a cabo en materia de políticas de vivienda, las cuales se caracterizaron por ser de mínimos costos que se solapan y yuxtaponen. En ese sentido, se evidencia la relación entre lo local con ámbitos institucionales más amplios que regulan y dan forma al territorio. Asimismo, se observó que dependiendo del enfoque que tengan las políticas públicas implementadas (lo cual remite a la forma en la que se concibe el problema) el fenómeno de la segregación territorial aumenta o disminuye, ejemplo de ello son las políticas desarrolladas durante el ciclo progresista que si bien tuvieron sus limitantes, se dio una reducción de la desigualdad de ingresos y en los niveles de pobreza que se tradujeron en un mayor bienestar para la población. Por tanto, revertir estos procesos de desintegración y exclusión social es desafiante para la política pública pero posible, sobre todo, si se tiene como horizonte la construcción de una sociedad más justa y equitativa en la cual cada una de las personas pueda participar en el uso y construcción de la ciudad.

Asimismo, el barrio no solo importa por los soportes materiales que tiene sino

también como espacio simbólico, cargado de significados tanto para sus habitantes como para los de “afuera”. Así fue de interés acercarse a la dimensión subjetiva de la segregación la cual remite a cómo los sujetos vivencian y significan estas desigualdades que se expresan en el territorio. En relación a las representaciones sociales que tienen las personas entrevistadas con respecto al barrio, se observó las luchas por sentido en torno él debido a que todas manifestaron que Casavalle está compuesto por una sumatoria de barrios la cual se expresa en una heterogeneidad identitaria que lo constituye. En este sentido, reivindicaron la diferenciación entre los distintos barrios, ya que la identidad barrial y el sentido de pertenencia corresponde con el que ellos se identifican, el cual va más allá de la denominación y delimitación oficial existente. Asimismo, el relato de las personas entrevistadas estuvo estructurado a partir de la oposición antes/ahora, en donde ese antes remite a la época base de la identidad barrial y aparecen ligados a ella sentimientos de nostalgia y de un pasado mejor frente a un ahora incontrolado.

Con respecto a las representaciones sociales en relación al “otro”, si bien se observa una distinción entre “ellos y nosotros” al momento de diferenciar a vecinos y vecinas que pertenecen o no al barrio, la construcción de fronteras simbólicas surge con mayor énfasis al nombrar a quienes pertenecen a los grupos delictivos que se encuentran en el barrio. Asimismo, de acuerdo con los relatos de las personas entrevistadas, estos grupos operan de forma más violenta y tienen como víctimas principales a las adolescencias y juventudes del barrio. Es de interés mencionar que estas representaciones surgieron en adultos de más de 40 años de edad que fue a quienes se entrevistó, por lo que sería interesante poder analizar las representaciones que tienen las adolescencias y juventudes que viven en Casavalle, entendiendo también el protagonismo que estos tuvieron al ser traídos en los relatos de forma recurrente.

Con respecto a cómo creen que son considerados por los de “afuera”, todas las personas entrevistadas mencionaron el estigma que se le impone al barrio y a quienes viven allí, el cual tiene consecuencias concretas que impactan en la cotidianidad y en cómo los sujetos luego se vinculan fuera de las instancias locales, como por ejemplo, las dificultades a las que se enfrentan al momento de conseguir un empleo. Asimismo, en los relatos surgieron sentimientos de “estar de más” y de desprotección frente a la violencia presente, ya que si bien existen organizaciones barriales y se despliegan acciones colectivas, es necesario explicitar los límites que presenta lo local frente a problemáticas sociales de carácter histórico y que tienen en su configuración determinantes estructurales. En este sentido, es de suma importancia y necesidad la intervención del Estado a través de distintas políticas públicas y

no únicamente desde su cara más represiva, la cual es la que más se ve en los territorios pobres.

De esta forma, es de necesidad la superación de aproximaciones fenoménicas y reduccionistas de los problemas sociales para dar paso a un Trabajo Social crítico y reflexivo que analice y exponga las condiciones materiales de los sujetos y las problemáticas sociales que se evidencian en el territorio, en consonancia con la apropiación desigual de los recursos y las determinaciones estructurales socio históricas que atraviesan la cotidianidad de los sujetos, tal y como establece Mallardi (2016), “la necesidad ética y política de visibilizar el impacto de la desigualdad en la vida cotidiana de amplios sectores de la población” (p. 100).

Referencias bibliográficas

Abric, J. (2001). *Prácticas sociales y representaciones*. Ediciones Coyoacán, S.A. de C.V

Aguiar, S. (2016). *Acercamientos a la segregación urbana en Montevideo*. [Tesis de Doctorado, Universidad de la República]

Álvarez Pedrosian, E. (2013). *Casavalle bajo el sol: investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*. Ediciones Universitarias

Aranguren, C. (2000). *La ciudad como objeto de estudio y enseñanza en las Ciencias Sociales*. Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, vol 10, núm. 29, p. 539-550.

Arriagada Luco, C. y Rodríguez Vignoli, J. (2003). *Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política*. CELADE-UNFPA.

Banchs, A. M. (2000). *Aproximaciones Procesuales y Estructurales al estudio de las Representaciones Sociales*. Papers on Social Representations. Textes sur représentations sociales, vol. 9, p. 3.1-3.15.

Baráibar, X. (2013). *Territorio y Políticas Sociales*. Documento 5. Instituto Humanista Cristiano Juan Pablo Terra.

Batthyány, K y Cabrera, M. (2011). *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales. Apuntes para un curso inicial*. Udelar. CSE

Bessler, G., Kessler, G. (2021). *La ¿nueva? estructura social de América Latina: cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Siglo XXI.

Borrás, V. (2019). Cambios y continuidades en la configuración socioespacial de Montevideo

y el Área Metropolitana: una mirada longitudinal 1996-2011. En *Habitar Montevideo: 21 miradas sobre la ciudad* (p. 45-73). La Diaria.

Bolaña, M. J. (2018). *Pobreza y segregación urbana: cantegriles montevideanos 1946-1973*. Rumbo.

Cabrera Recoba, A. (2022). *Arquitecturas enzimáticas. Estrategias multiescales de activación de Conjuntos Habitacionales (CH) degradados. Montevideo 1970-1990*. [Tesis de Doctorado, Universidad de la República]

Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres*. Fondo de Cultura Económica.

Carman, M., da Cunha Vieira, N., Segura, R. (Comps.). (2013). *Segregación y diferencia en la ciudad*. FLACSO, Sede Ecuador.

Concejo Departamental de Montevideo. (s.d). *Memoria del Concejo Departamental de Montevideo: 1955 - 1959*. Montevideo: Concejo Departamental de Montevideo.
<http://www.fadu.edu.uy/itu/files/2014/09/Memoria-Plan-Director.pdf>

Conti de Queiruga, N. (1986). *La vivienda de interés social en el Uruguay: historia de los problemas de la arquitectura nacional*. Udelar. FARQ. IHA

De Souza Minayo, C. (2004). *El desafío del conocimiento. Investigación cualitativa en salud*. Novena Edición.

De Souza Minayo, C. (2013). *La artesanía de la investigación cualitativa*. Lugar Editorial.

Goffman, E. (2006). *Estigma: la identidad deteriorada*. Amorrortu editores.

Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la*

vida urbana. Espacio Editorial.

Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Espacio Editorial

Instituto Nacional de Estadística (2025). *Estimación de la pobreza por el método de ingreso. Año 2024*.

<https://www5.ine.gub.uy/documents/Demograf%C3%ADayEESS/HTML/ECH/Pobreza/2024/Estimacion%20de%20la%20pobreza%20por%20el%20metodo%20de%20ingreso%20anual%202024.html>

Intendencia de Montevideo (2014). *Plan de Ordenación, Recuperación e Integración Urbana de Casavalle*.

https://municipiod.montevideo.gub.uy/sites/municipiod/files/plan_casavalle_avance.pdf

Intendencia de Montevideo. (2015). *Casavalle: Plan Parcial de Ordenación, Recuperación e Integración Urbana de Casavalle*.

https://municipiod.montevideo.gub.uy/sites/municipiod/files/Libro%20Ordenamiento%20Recuperaci%C3%B3n%20e%20Integraci%C3%B3n%20urbana%20de%20Casavalle_0.pdf

Intendencia de Montevideo (1 de julio de 2020). *Casa de Pedro Casavalle*.

<https://montevideo.gub.uy/areas-tematicas/personas-y-ciudadania/mapeo-afrodescendencia-resiliente/casa-de-pedro-casavalle>

Intendencia de Montevideo. (2020). *Plan Cuenca Casavalle 10 años*.

<https://municipiod.montevideo.gub.uy/sites/municipiod/files/Libro%2010%20a%C3%B1os%20del%20plan%20cuenca%20casavalle.pdf>

Intendencia de Montevideo (9 de enero de 2025). *Concepto y definiciones*.

<https://montevideo.gub.uy/areas-tematicas/observatorio-de-asentamientos/conceptos-y-definiciones>

Intendencia de Montevideo. (abril de 2025). *Asentamientos*. Recuperado el de octubre de

2025 de <https://montevidata.montevideo.gub.uy/territorial/asentamientos>

Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social II: Pensamiento y vida social*. (p. 469-494). Paidós.

Kaztman, R. (2001). *Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos*. Revista de la CEPAL, 75, p. 171-189.

Mallardi, M. (2016). Cotidiano y relaciones familiares: elementos para la intervención profesional del Trabajo Social. En Gianna, S. y Mallardi, M., *Transformaciones familiares y Trabajo Social: debates contemporáneos y contribuciones analíticas* (pp. 45-106). Dynamis.

Merklen, D. (2009). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Editorial Gorla.

Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Editorial Huemul S.A.

Municipio D. (2025). Índice de Pobreza 2024.

<https://municipiod.montevideo.gub.uy/%C3%ADndice-de-pobreza-2024>

Ortega Cerchiaro, E. (2003). *El Servicio Social y los procesos de medicalización de la sociedad uruguaya en el período neobatllista*. [Tesis de Maestría, Universidad de la República]

<https://www.adasu.org/prod/1/486/Tesis.de.maestria.Elizabeth.Ortega.Cerchiaro..pdf>

Sabatini, F., Cáceres, G. y Cerda, J. (2001). *Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción*. Revista eure (Vol. XXVIII, N° 82), p. 21-42.

Sabatini, F. (2011). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*.

<https://doi.org/10.18235/0009848>

- Segura, R. (2021). *Las ciudades y las teorías: estudios sociales urbanos*. UNSAM EDITA.
- Serna, M. y González Mora, F. (2017). *Cambios hasta cierto punto: Segregación residencial y desigualdades económicas en Montevideo (1996-2015)*. Latin American Research Review: 52 (4): 571-588.
- Spink, M. J. P. (1993). *O conceito de Representação Social na Abordagem Psicossocial*. Cadernos de Saúde Pública, vol. 9 (3), p. 300-308.
- Uribe Gómez, M. (2018). *Ciclos políticos y política social en América Latina en el siglo XXI*. Revista Forum, número 13.
- Vasilachis de Gialdino, I. (1997). *La construcción de representaciones sociales. Discurso político y prensa escrita: un análisis sociológico, jurídico y lingüístico*. Gedisa.
- Vázquez, L. (2018). Segregación residencial en Montevideo ¿Cuál fue su evolución en un contexto de recuperación económica, mejoras distributivas y crecimiento del ingreso real? [Tesis de Maestría, Universidad de la República].
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI Editores.